

lázaro gómez carriles

DESERTORES DEL PARAISO

prólogo de reinaldo arenas

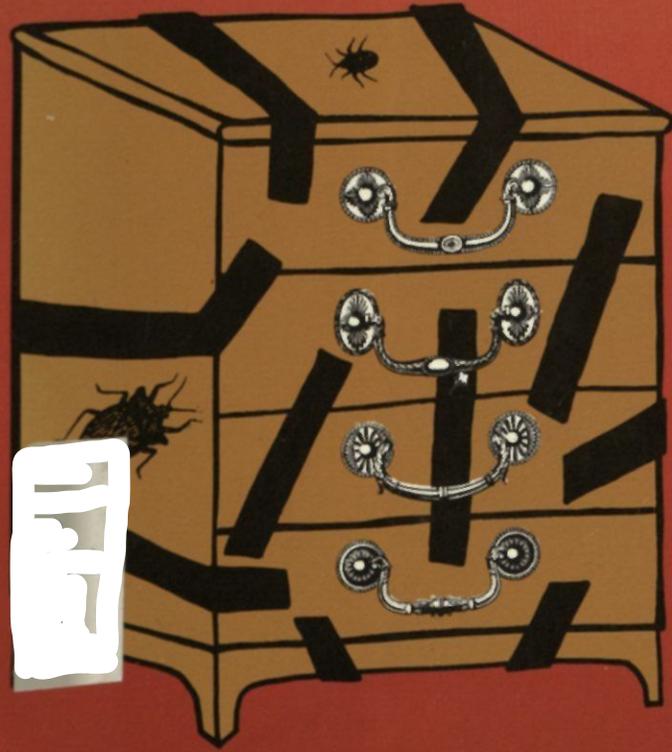


BCG

ONAVNICO CUBANO CILPIDIPTICO CUBANO

BCG

1117



prólogo de reinaldo arenas

NEGRA

PALOMA

DE LA

LA MUECA

jorge ronnet

1117

Lázaro Gómez Carriles

AL RESPLANDOR DEL INFIERNO

DESERTORES DEL PARAÍSO

*Testimonio de uno de los diez mil ochocientos cubanos asilados en
la Embajada del Perú en La Habana en abril de 1980.*

Prólogo de Reinaldo Arenas



DESERTORES DEL PARAÍSO

© NÉSTOR ALMENDROS, JORGE ULLA
y REINALDO ARENAS
EDITORIAL PLAYOR
Apartado 50.869. Madrid
Santa Clara, 4. 28013 Madrid
Tel. 241 28 02
Diseño de cubierta: ANTONIO REBOIRO
ISBN: 84-359-0539-X
Depósito legal: M. 43.170-1987
Impreso en España / Printed in Spain
Talleres Gráficos Peñalara
Ctra. Villaviciosa a Pinto, km. 15,180
Fuenlabrada (Madrid)

AL RESPLANDOR DEL INFIERNO

En los primeros días del mes de abril de 1980 tuvo lugar en Cuba uno de los acontecimientos más raros en la historia de la diplomacia mundial. En cuarenta y ocho horas, diez mil ochocientas personas se asilaban en la Embajada del Perú en La Habana. El hecho era tan insólito que al parecer, en su principio, ni las autoridades cubanas ni los miembros de la misión peruana supieron qué hacer.

En Cuba todas las embajadas que puedan brindar asilo político están fuertemente custodiadas por la policía castrista y no se permite siquiera pasar por la acera de enfrente. Pero estas rigurosas medidas no han podido impedir que muchos cubanos desesperados, valiéndose de insospechadas astucias y arriesgando la vida, hayan traspasado la barrera. Muy sonado fue el caso del famoso saltador de garrocha que un día, haciendo uso de sus dotes deportivas, cayó dentro de una embajada latinoamericana. Otros se las han agenciado para introducirse en el guardamaletas del automóvil de algún embajador. Algunos cavaron túneles que iban a desembocar en una sede diplomática, y los más desesperados, como es el caso del escritor Esteban Luis Cárdenas, se lanzaron desde las azoteas de los edificios colindantes con la esperanza de caer con vida en el patio de la anhelada residencia.

En el caso de la Embajada del Perú, el chófer de un ómnibus público con todos sus pasajeros irrumpió en el jardín de la sede. Los guardias cubanos que vigilaban la embajada dispararon contra el ómnibus; esto es, contra el chófer y los pasajeros indefensos, como ya se había hecho en casos similares... En la confusión del tiroteo uno de los soldados que disparaba desde otra garita hirió a uno de sus colegas en tanto que los pasajeros y el chófer del ómnibus solicitaban asilo político.

El Gobierno cubano pidió la devolución de los asilados y como el embajador peruano denegara tal petición, Fidel Castro, en uno de sus coléricos arranques que habrá de lamentar el resto de su vida, retiró la guardia de la Embajada del Perú. Enterado del hecho, todo un pueblo se encaminó hacia la sede diplomática.

De los lugares más remotos de la Isla, ómnibus, trenes y camiones arribaban repletos a La Habana. La finalidad de los pasajeros era la misma: la Embajada del Perú. Todo el mundo apresuradamente quería meterse en aquel reducido espacio. Era como si en el mismo infierno súbitamente hubiese surgido un hueco negro por el que desaparecían los condenados.

El lujoso barrio de Miramar —antiguo barrio de la burguesía cubana y ahora sitio de residencia de la alta burocracia— se vio invadido por aquella muchedumbre que no quería sino llegar a todo trance a la dichosa embajada.

Fue entonces cuando Fidel Castro, comprendiendo la alarmante desmesura de la estampida, cerró violentamente el acceso a la sede, reforzando la vigilancia en toda la zona.

La represión desplegada por el ejército y sus llamados «aparatos auxiliares» (Milicias Nacionales, Comités de Defensa de la Revolución, Juventud Comunista, etc.) fue total. Miles de personas que deambulaban por el barrio de Miramar fueron golpeadas bárbaramente y luego encarceladas. Los sospechosos de intentar marcharse eran castigados en plena calle. Hasta los vehículos que venían de las provincias eran requisados en busca de posibles aspirantes a asilados políticos.

La más brutal de las represiones colectivas padecidas hasta entonces por los cubanos (tan experimentados en estas calamidades) se desató por todos los sitios. Con un estilo nítidamente fascista, miembros de las tropas del Ministerio del Interior y de la Seguridad del Estado (a veces disfrazados de civiles) arremetieron públicamente contra toda persona sospechosa de querer abandonar el país.

Entre las calles Monserrate y Obrapia, en la esquina del edificio donde entonces yo vivía, vi atropellar a patadas, a culatazos y a palos a un joven de la raza negra que se aferraba a los barrotes de una ventana. Así lo estuvieron golpeando hasta que cayó exánime en el asfalto. En ese

mismo instante una avanzada de agentes castristas, entonando sus consabidos himnos, irrumpía en el cercano Parque Central. Ya los altavoces, instalados en los lugares más céntricos de la ciudad, se dedicaban a insultar a toda aquella juventud que ahora se hacinaba en el patio de la embajada, en tanto que con coches patrulleros llenaban las cárceles con los que todavía quedaban a su alrededor.

Naturalmente, a los diez mil ochocientos asilados, la prensa y la radio oficiales —las únicas que existen en Cuba— los tachaban de «burgueses», «traidores», «vendepatria», «delincuentes comunes», «vagos», «criminales» y «depravados sexuales»... ¿Pero cómo era posible, señor, que en sólo cuarenta y ocho horas diez mil ochocientos criminales coincidiesen en un punto de la Isla? ¿A tan alto índice de criminalidad había llegado aquel país! De ser así, ¿qué era lo que había producido el sistema castrista con más de veinte años (entonces) en el poder? ¿Eran aquellos jóvenes que desesperadamente buscaban refugio en un país extranjero —país que, por otra parte, se moría de hambre— los representantes del tan cacareado «hombre nuevo» que el régimen se proponía o se decía crear?

La edad de los asilados, dada a conocer luego en la prensa extranjera, era casi de un 80 por 100 de jóvenes que no llegaban a los treinta años... Efectivamente, la revolución había creado un «hombre nuevo». Eran estos hombres que a riesgo de sus vidas renunciaban a familia, amistad, patria y paisajes cómplices a cambio de una incierta pero anhelada libertad.

Lo que sucedió en la Embajada del Perú en La Habana en la primavera de 1980 fue un acontecimiento épico. Como tal, fue protagonizado por un pueblo encolerizado, desesperado y heroico. El desafío de aquellas diez mil ochocientas personas saltando una cerca prohibida en busca de una promisoría seguridad fue el golpe de gracia dado a la imagen pública de un sistema totalitario y fascistoide, que a la vez que crea campos de concentración para todo tipo de disidente y multiplica las prisiones se proclama abanderado del género humano. Gracias a aquel desafío, hoy 135.000 cubanos, escapados por el éxodo del Mariel, son hombres y mujeres libres.

El trabajo que a continuación presentamos es el testimonio de esa

acción llevada a cabo por una juventud que tal vez por no haber conocido más que la represión vivía para la libertad. Es la historia de un sacrificio, de una masacre y de un triunfo. Pero es, por encima de todo, una tragedia, y como tal guarda este relato, al igual que en las tragedias clásicas, las reglas de su estructura. Hay aquí unidad de lugar, de tiempo y de acción.

Pero hay en este texto de Lázaro Gómez Carriles una diferencia fundamental que lo hace más trágico que las tragedias antiguas con las que lo he comparado. Es que no se trata de una ficción literaria, sino de un drama real, colectivo y contemporáneo... Por su rigor documental y por la serena y lúcida objetividad con que está escrito, resulta un testimonio de obligada lectura para todo el que honestamente quiera enjuiciar la verdadera faz del castrismo.

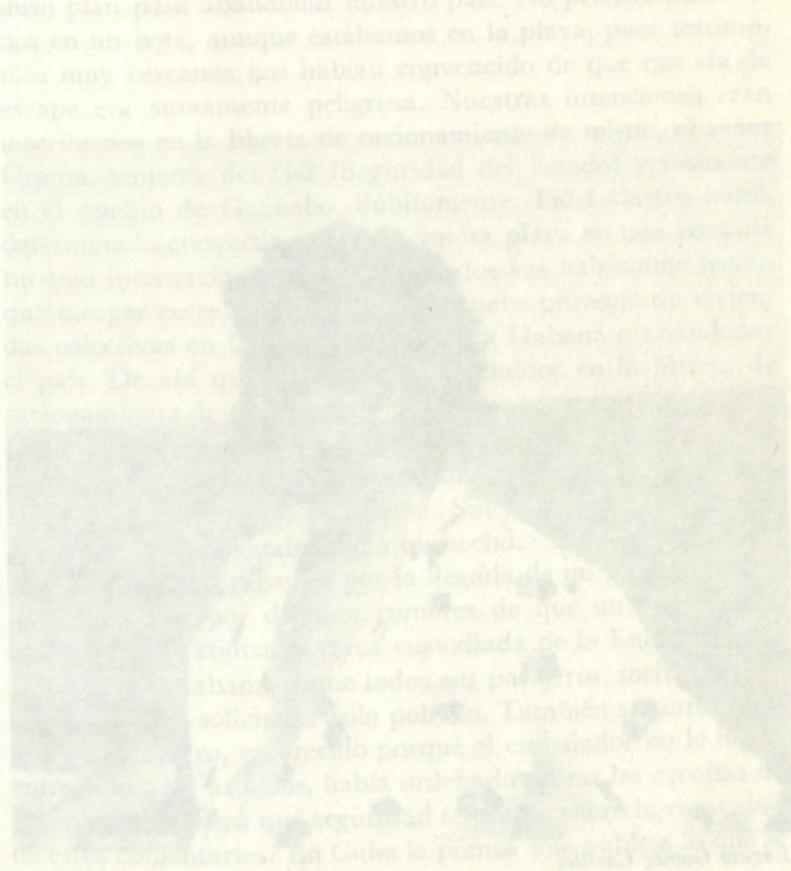
Lázaro Gómez Carriles nació en La Habana el 17 de diciembre de 1958. Al triunfo de la revolución contaba sólo varios días de edad. De familia numerosa y humilde, parecía que había venido al mundo para ser acogido por aquel proceso histórico en medio del cual nació. Sin embargo, veintidós años más tarde, Gómez Carriles era uno de los miles de jóvenes que se asilaba en la Embajada del Perú en La Habana. No se trata ni de un intelectual, ni de un privilegiado del sistema anterior, se trata de un ayudante de tornero, de un joven del pueblo, uno más, optando como tantos por la incertidumbre del destierro a cambio de poder recuperar su identidad humana. Su testimonio, directo, desgarrador, limpio de sentimentalismos, es un símbolo de la represión que ha padecido y padece la inmensa mayoría de la juventud cubana, cuyos mejores años se han consumido (o se consumen) en la obligada guardia de vigilancia, en las horas de trabajo «voluntario», en las interminables colas para conseguir algún alimento, en los desfiles frente a la tribuna desde donde los observa el «Máximo líder», o en un servicio militar obligatorio que muchas veces conlleva una muerte anónima combatiendo como soldado mercenario en un país remoto.

Como recuento de esa historia, que es la historia de casi toda la juventud cubana, este documento resulta irrefutable. Son las verdades de

una víctima —de miles de víctimas— que escapa, luego de numerosas y siniestras peripecias, de aquel supuesto paraíso. Pero este desertor del paraíso (del paraíso demagógico, sólo para turistas frívolos y burdos oportunistas) es alguien que trae en su memoria las llamas del infierno. Bajo ese resplandor ha sido escrito este testimonio.

REINALDO ARENAS

Florida, febrero 1987





Lázaro Gómez Carriles

(FOTO: REINALDO ARENAS)

A principios de abril de 1980, mi madre y yo nos encontrábamos en el pueblo de Guanabo, cerca de La Habana, con un iluso plan para abandonar nuestro país. No pretendíamos irnos en un bote, aunque estábamos en la playa, pues testimonios muy cercanos nos habían convencido de que esa vía de escape era sumamente peligrosa. Nuestras intenciones eran inscribirnos en la libreta de racionamiento de mi tío, el señor Orama, teniente del G-2 (Seguridad del Estado) y residente en el pueblo de Guanabo. Súbitamente, Fidel Castro había determinado convertir aquella hermosa playa en una zona de turismo internacional, por lo que todos sus habitantes tenían que escoger entre mudarse para un nuevo proyecto de viviendas colectivas en los alrededores de La Habana o abandonar el país. De ahí que, si estábamos incluidos en la libreta de racionamiento de nuestro pariente, y por lo tanto en su núcleo familiar, pensamos que tal vez podíamos aspirar, llegado el momento, a irnos de Cuba. Este, como otros proyectos gubernamentales no llegó a realizarse. Sin embargo, en aquellos momentos se presentaba como un hecho.

Mientras esperábamos por la llegada de mi tío el teniente, nos enteramos por diversos rumores de que un ómnibus se había lanzado contra la cerca custodiada de la Embajada del Perú, en La Habana, y que todos sus pasajeros, incluyendo el chofer, habían solicitado asilo político. También se comentaba que Fidel Castro, enfurecido porque el embajador no le había entregado a los asilados, había ordenado retirar las escoltas de la embajada. ¿Pero qué seguridad teníamos sobre la veracidad de estos comentarios? En Cuba la prensa sólo publica lo que le

conviene al Estado. Por ejemplo, según el periódico *Granma*, los asilados habían disparado contra la guardia de la embajada matando a un soldado, pero lo que sucedió fue que dos guardias dispararon contra un ómnibus lleno de gente, y uno de los soldados resultó herido por el otro por el fuego cruzado.

Dejé a mi madre chismorreando y me fui a caminar por aquella playa que pronto, si se convertía en Plan Especial para Turistas Extranjeros, sería un lugar prohibido para los cubanos como tantos otros.

En el ambiente había una extraña tensión, parecía que algo iba a estallar. En todos los rostros se notaba como una esperanza tácita de algo que pronto, muy pronto, todos, incluyendo a los niños, iban a realizar.

Como aquel día mi tío no volvió, mi madre y yo decidimos regresar a La Habana a nuestro pequeño apartamento de dos piezas, situado en la calle Monserrate núm. 401, donde vivíamos ocho personas, incluyendo a mi esposa y a mí, que habíamos en una mínima barbacoa encima de la cocina, construida con materiales de edificios derrumbados, y donde sólo podíamos desplazarnos en cuclillas. Así, durmiendo encima de la cocina, disfrutábamos de cierta privacidad. Aunque mi madre me decía: «El que se casa, casa quiere», yo sabía que lo decía por decirlo, porque, ¿a dónde íbamos a ir?

Al día siguiente de nuestra frustrada visita a Guanabo, mi tío vino a La Habana a vernos. Él nos ayudaría en todo lo que pudiese. Nos anotaría en su libreta. A él le darían otra casa en La Habana y nosotros nos podríamos ir del país.

—De cualquier manera —dijo, mientras tomaba una taza de café comprado en bolsa negra— nada perdería la Revolución con desasirse de unos cuantos elementos antisociales. Eso era lo que el Gobierno debía de haber hecho desde hace tiempo, así quedarían los verdaderos revolucionarios y todo iría muy bien...

También estuvo de acuerdo en aceptar todas las cosas que le dejaríamos: una vieja lavadora eléctrica, una radio portátil,

un televisor, un ventilador chino y un par de chancletas plásticas.

Veinticuatro horas después mi madre me despertaba golpeando con el palo de la escoba el cielo raso de la barbacoa donde dormía con mi esposa, Mayra Álvarez.

—¡Lázaro! —gritó mi madre— ¡Bájate del palomar que tengo buenas noticias!

Me tiré de la barbacoa y mi madre, tomándome por un brazo, me sentó en el sofá junto a mi padre y me dijo:

—Ahora mismo estuvo aquí otra vez tu tío. Vino a decirme que la Embajada del Perú está abierta. ¿Te atreves?...

—¡Este es un pendejo! * —dijo mi padre.

—¿Yo, un pendejo? —le contesté y subí a la barbacoa.

No tuve que explicarle nada a Mayra. Ella lo había escuchado todo.

—Vístete y vámonos para la embajada —le dije.

—Esto es un caso serio —me respondió llorando—. Tienes que pensarlo. Ir para un país donde no tenemos ninguna familia, y donde tú no conoces a nadie.

La dejé cavilando y bajé al segundo piso donde vivía mi amigo el escritor Reinaldo Arenas.

Toqué a su puerta y sentí que bajaba de la barbacoa (todo el mundo en Cuba tiene una barbacoa. Como se dice allí ahora: La Habana es una ciudad que crece para adentro). Reinaldo abrió la puerta y me dijo que viniera más tarde porque estaba ocupado. Le expliqué rápidamente de lo que se trataba. Se quedó pensativo. Yo le dije que si se decidía tenía que ser al momento.

—Espérate, que voy a hacer un poco de té —me dijo.

—¡Qué té ni que té! —le grité con una extraña alegría, y me fui.

«No te metas en eso, puede ser una trampa», le oí decir antes de cerrar la puerta.

* *pendejo*: cobarde.

Volví a la casa. Mi mujer me dijo que no iba a ninguna parte conmigo. Que si después de un año de casada yo la abandonaba, ella se suicidaba, que yo era muy cruel con ella, que si esto que si lo otro... Salí a la calle. Al llegar a la esquina pude alcanzar el ómnibus de la ruta 32 que esperaba el cambio de luz del semáforo; le hice una señal al chófer e insólitamente me abrió la puerta, aunque no estaba en la parada. Tomé esta acción como un buen augurio.

En el ómnibus me tropecé con varios amigos del barrio que sin hablarme me miraban con curiosidad. Me les acerqué. «¿Para dónde van?», les pregunté. «Para donde tú vas», me dijo Luisito. Pero ninguno de nosotros conocía dónde debíamos apearnos. Nadie sabía exactamente dónde estaba la Embajada del Perú. Luisito nos tranquilizó diciendo: «No se preocupen, donde más gente se quede, allí es». Y así fue. La guagua * se quedó vacía junto a la Embajada del Perú. Naturalmente, todos teníamos la idea de poder brincar la cerca. Se veían muchos policías dando vueltas alrededor de la sede diplomática. Nos dimos cuenta de que no habían recibido aún una orden determinada contra nosotros. Me parecía mentira estar tan cerca de una embajada sin vigilancia; me aproximé y toqué el muro. Qué casa más grande, pensé, recordando mi barbacoa y mirando aquella residencia con jardines, árboles y un césped bien cuidado. Todo estaba en saltar la cerca y ya sería libre. ¿Pero y si Reinaldo tuviera razón y todo no fuera más que una trampa del Gobierno para poder atrapar a los que no se han adaptado al sistema? Entonces estaríamos perdidos. Detrás de las verjas del edificio de la embajada aparecieron varias personas que ya se habían asilado. Yo no acababa de decidirme, porque con la gente del gobierno nunca se sabe lo que se traen entre manos, ni nada bueno se puede esperar de ellos.

—¡Oye, tú! —me gritó un policía—. ¿Qué haces ahí? ¿Tú

* guagua: autobús.

también quieres quemarte? Porque déjame decirte que todos esos maricones que se han metido ahí están en candela.

Sentí tremendo miedo y tratando de despistarlo le dije:

—¿Yo? Yo sólo viene a ver...

—¿A ver qué? —dijo el policía acercándoseme.

—A ver en qué paran esos maricones —le contesté temblando.

—¡Déjate de cuentos conmigo y enséñame tu carné.

Cuando el policía revisaba el carné, Toñi, un amigo mío que ya estaba adentro, me gritó: «Lázaro, salta». El policía me dijo mirando a los que ya estaban del otro lado de la cerca:

—¿Es a ti a quien llaman?

Yo me hice el desentendido.

—¿A mí? Si yo no conozco a esos tipos...

—Déjate de cuentos que te están llamando a ti. ¿O crees que yo soy bobo?

El policía se veía cada vez más enfurecido. La gente que estaba dentro me gritaba: «¡Ahora o nunca!». Por un momento no supe qué hacer. Sin embargo, de pronto, sin que yo mismo casi me diera cuenta de lo que hacía, empujé al policía y salté la cerca. Todos me aplaudieron y gritando de alegría nos abrazamos como se abrazan los condenados que acaban de salvar su vida.

Fuera de la cerca el policía me llamó. Toni me dijo:

—Ve muchacho, que ya él no te puede hacer nada. Estamos en territorio peruano.

Después de meditar un momento me le aproximé. Todavía no sabía si había hecho bien en saltar la cerca. El policía me gritó del otro lado:

—¡Maricón, te lo vuelvo a decir, te metiste en candela! —y me tiró el carné a la cara.

Pasamos aquella noche en el patio de la embajada, debajo de unos árboles, hablando, diciendo chistes, pues, hasta en los momentos más dramáticos, los cubanos hacen chistes. Esperábamos alguna noticia del embajador. Nadie durmió; por la

mañana seguíamos allí. Al poco rato alguien salió del edificio de la embajada.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —nos preguntó— ¡Ahora mismo salen todos de mi casa!

Y sacó una pistola. Uno de nosotros se acercó a aquel hombre, que era evidentemente un alto funcionario de la embajada, y le dijo hablando por todos:

—Nosotros vinimos aquí a pedir asilo político, y no nos vamos a ir. Si usted quiere cometer una masacre va a necesitar más balas de las que tiene esa pistola.

—Yo no estoy jugando —dijo el hombre que parecía nervioso—. No les va a servir de nada. Se los van a llevar a todos para la cárcel.

En esto se adelantó una mujer, flaca y envejecida prematuramente, y le gritó:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Si tú eres maricón y dejas que entren aquí en tu embajada y hagan lo que les dé la gana, entonces sí. Pero si en vez de estar apuntándole a alguien que viene a tu casa a pedir ayuda, le caes a tiros a esos hijos de puta que están allá afuera, entonces sí te puedes llamar hombre.

—Ustedes están locos y no saben lo que hacen. Váyanse antes de que sea demasiado tarde —nos dijo el funcionario.

—¡No! ¡No nos vamos a ninguna parte! —volvió a intervenir la mujer. Y abriéndose la blusa de un tirón se paró delante del funcionario y gritó: —¡Si vas a tirar, tira! ¡Vamos, tira, empieza por aquí!

El funcionario de la embajada bajó la cabeza y se retiró. Todos lo seguimos con la vista hasta que entró al edificio.

Ahora sí que estamos perdidos, pensé, si aquí no nos quieren ya nos podemos dar por muertos.

Y con esos temores pasamos toda la mañana.

Mientras tanto en La Habana se había corrido la voz de lo que estaba ocurriendo en la Embajada del Perú. Hasta el mediodía nuestro grupo había seguido creciendo. Por la tarde era ya una multitud la que saltaba la cerca. Uno de los miembros

de la embajada salió del edificio y señalando para algunos de los jóvenes nos dijo que cuidáramos de que no tumbaran la cerca. Había indudablemente un cambio de tono, ¡qué alegría! Ya eso era otra cosa. En aquellas palabras había una esperanza. Nos abrimos paso entre la multitud y fuimos a cumplir la orden.

Nos organizamos al momento. Formamos una comisión integrada por siete personas. Debíamos cuidar de que la cerca no se cayera. Mientras más gente entrara en el recinto mejor para todos. Mayor sería el escándalo y más difícil de que nos mataran como a gatos enjaulados. Le ayudamos a saltar la cerca a una mujer barrigona, a una vieja, a una niña, a un viejo, a un cojo... La gente saltaba y seguía saltando. Y yo gritándoles que no tumbaran la cerca. ¿Pero quién puede controlar a una multitud que se precipitaba hacia la libertad cuando sólo una cerca le obstruía el paso? Y la cerca se vino al suelo y nosotros la levantamos y la sosteníamos con los brazos. Pero la gente seguía entrando y tumbando la cerca. Y yo sujetando, y la gente empujándome... «¿Qué tú no me vas a dejar entrar?». «¿Sí, claro, como ya él está del otro lado!». «¡Mira, quítate de alante si no quieres que te saque los ojos!».

Juanito, el de la Lisa, abriéndose paso entre la multitud me anunció:

—Lázaro, tu hermano acaba de saltar y te anda buscando.

—¿Dónde está mi hermano? —le grité por encima de las cabezas.

—¡Aquí, pendejo, libre! ¿Dónde iba a estar?

Empujando a la gente me acerqué a mi hermano y le pregunté nervioso por la familia.

—Mayra está bien. Al principio parecía embullada* a venir para acá, pero después se arrepintió. Mima te manda esto.

Me dio una jaba con un pedazo de pan y una lata de leche condensada. Saqué el pan y la lata de leche y los escondí en

* *embullada*: animada, entusiasmada.

los bolsillos. Le dije a mi hermano que se acomodara por cualquier sitio. «No te preocupes por mí», me dijo, y se abrió paso por entre la muchedumbre. Yo hice lo mismo hasta que estuve frente a la puerta del segundo edificio, y, como los demás, me quedé esperando a ver lo que pasaba.

Oscurecía y la gente seguía entrando. Pasaba la noche y la gente seguía entrando. Ya no tenía ni dónde pararme. Una mujer con su hija me comprimía contra la puerta. Le grité:

—Señora, me va a reventar.

Me miró angustiada y me contestó:

—Ay, hijo, qué tú quieres que yo haga.

Apenado le dije:

—Aquí, póngase aquí.

Y nos acomodamos lo mejor que pudimos.

A pesar de que no había comido nada tenía unos deseos terribles de hacer de cuerpo. «¿Dónde está el baño?», preguntaba mientras empujaba a la gente. Pero qué sabía nadie de baño en aquel momento. Hasta entonces orinábamos debajo de los árboles, pero allí había ahora un hormiguero humano. Ya casi no me podía aguantar y seguía empujando y gritando:

—¡Me cago! ¿Dónde está el baño?

Una vieja me dijo riéndose:

—Del otro lado del edificio hay una puerta, allí está el baño.

Llegué a la puerta que ya no existía —sólo quedaba el marco— y entré en un cuarto oscuro, y sin mirar quién estaba a mi alrededor me bajé los pantalones. Después más aliviado observé que en un rincón había una mujer orinando; más allá, un viejo; por el otro lado, dos viejas... Estaba en un cuarto lleno de gente, mierda y orines por todas partes. Ese era el garage de la embajada y el nuevo baño de los asilados.

Con mucho trabajo regresé a mi puesto. La mujer, que no se había movido de allí, me recibió como si yo fuera su hijo, y apartándose me hizo lugar en aquel rinconcito, entre el marco de la puerta y el edificio.

Tarde en la noche se alzó un enorme griterío entre la multitud que se precipitaba hacia el centro, alejándose lo más posible de la cerca. Entre los gritos alcancé a escuchar algunas palabras: «Esos hijos de puta están tirando piedras». Y no faltó mucho para que los golpes llegaran a donde yo estaba. Me refugié lo mejor que pude mientras trataba de tranquilizar a la mujer y a su hija. No pude comprender lo terrible de la situación hasta que una piedra me golpeó un hombro. El golpe fue tan fuerte que las piernas se me doblaron. Me agaché y me cubrí la cabeza con las manos y me puse a rezar junto con la mujer y su hija, que apretadas junto a mí buscaban protección. Por un momento pensé que pronto íbamos a morir masacrados bajo las piedras y los palos. Pero la gente seguía entrando, aunque ya no era tan fácil: Afuera, miembros del ejército vestidos de civil, para aparentar una reacción popular, golpeaban con palos, cabillas y piedras a todos los que querían entrar y a los que estábamos dentro.

Ahora la gente llegaba con la cabeza rota y sangrando, con brazos fracturados, con ojos reventados, piernas partidas y otras calamidades. Un muchacho delgado se abrió paso mostrando un dedo casi cercenado. Cuando estuvo frente a mí le reconocí. Era Lazarito el de la Lisa. Tomando valor salí de mi rincón y fui en su ayuda. Cuando me reconoció me abrazó llorando y me mostró el dedo. Pedía ayuda y varias personas se brindaron: sujetamos al muchacho fuertemente. Le dije: «Esto duele, pero tú eres un hombre, ¿no es verdad?» «Sí, sí, yo soy un hombre». Alguien medio curandero de un tirón le enderezó el dedo y con una ramita y una tira de su propia camisa se lo entablillamos. Y ya más aliviado se tiró en el piso.

Así, entre otros muchos infortunios, transcurría la noche. Mis dos nuevas amigas y yo nos turnábamos para sentarnos en el pedazo de suelo donde estábamos, pues no había más espacio. Al amanecer, el estómago me ardía y apenas me podía sostener de pie. Llevaba muchas horas sin comer y sin

descansar. En los momentos en que me sentaba hacía un esfuerzo por dormir, ¿pero quién iba a dormir bajo las piedras que caían por donde quiera? ¿Y si me dormía y pasaba algo peor?

Cuando más arreciaba la lluvia de piedras surgió un canto, que transmitiéndose de uno a otro llegó hasta mí. Eran los versos del viejo himno nacional de cuando la guerra de independencia de Cuba contra España, que habíamos aprendido desde la escuela y cantado, muchas veces sin entusiasmo. Pero esta vez la emoción hizo temblar mis labios. Cantando con todas las fuerzas de los pulmones avanzamos hacia la cerca para enfrentarnos con los que estaban afuera, quienes, evidentemente desmoralizados, soltaron piedras y palos y, para sorpresa de todos nosotros, se retiraron, dejándonos golpeados y heridos. Pero la remota esperanza de ser libres aliviaba tanto el dolor de nuestras heridas que, finalmente, amontonados unos sobre otros, nos dormimos en la más dulce calma.

A la mañana siguiente había cambiado la situación. Ahora estábamos cercados por la policía y el ejército. Ya no podía entrar nadie más. ¿Cuánta gente había quedado afuera? Mi madre, mi padre, mi esposa. ¿Los volvería a ver?, me preguntaba mientras la gente se agitaba buscando un sitio donde acomodarse. El nerviosismo creado por la situación hacía que todo el mundo se moviera constantemente sin ningún objetivo, empujándose los unos a los otros y provocando discusiones a cada paso. Pero por lo menos momentáneamente había pasado el peligro de seguir siendo bombardeados con las improvisadas municiones de los esbirros disfrazados de civiles. Estos cambios ocurrían sin que nosotros conociésemos bien las razones. Después, al salir de Cuba, supe que obedecían al escándalo internacional que se había creado.

La gente había colmado todo el terreno de la embajada, poblando hasta las copas de los árboles y el techo de la sede

diplomática que aún no nos había abierto las puertas. Me animé a dar un paseíto para estirar las piernas y para ver si podía inscribirme en una lista que, según decían, se estaba haciendo en algún lugar del recinto con el propósito de hacérsela llegar al embajador. ¿Pero dónde estaban las personas encargadas de anotar los nombres? De cualquier modo el lugar no era tan grande como para perderse. Fatigado por el hambre y por el sol del mediodía avancé pisoteando piernas, barrigas y cabezas. Cuando ponía todo mi cuidado en pasar sin atropellar a una niña que dormía sobre la tierra pelada (no se vayan a creer que alguna yerba pudo allí sobrevivir), le pisaba la cabeza a la madre que me injuriaba y me amenazaba con las uñas y hasta con los dientes. Mientras más avanzaba más imposible me parecía el poder regresar luego a mi rinconcito que aunque incómodo me aislaba, por así decirlo, del tráfico humano que a medida que las horas pasaban y el sol calentaba fluía como un hormiguero en constante trajín.

Todo aquello parecía el final de una batalla. Por aquí una mujer con un ojo morado; por allá un muchacho que, después de haber sangrado abundantemente por la cabeza, se quejaba del dolor mientras una vieja trataba de convencerlo para que se protegiera del sol con una sábana. Más allá una niña, también con las ropas ensangrentadas, lloraba a la vez que su madre intentaba consolarla. Como yo no resisto el sufrimiento de los niños volví el rostro.

Finalmente encontré entre el tumulto a los que anotaban los nombres para efectuar el censo de los refugiados. Les entregué mi carné de identidad y esperé para recuperarlo. Alguien que estaba detrás de mí me dijo riéndose: «No seas bobo, muchacho, ya esa mierda no sirve para nada». Y tomando su carné lo lanzó al aire mientras gritaba: «¡Libertad! ¡Libertad!».

Por el suelo había miles de aquellos libritos azules llamados «Carné de Identidad» (documento policial donde se registra la vida y milagros de cada cubano, incluyendo sus preferencias

sexuales y su actitud política). El carné de identidad es un documento obligado y oficial que todos allí, por ley, deben llevar encima. Tomé uno. Era de una mujer. Me hubiera gustado recordar ahora su nombre, la fecha de nacimiento y toda la información que tenía para ponerla aquí. Guiándome por la fotografía traté de localizarla entre la multitud. ¿Pero quién podía encontrar a aquella mujer entre las miles y miles que allí estaban? ¿Y además, para qué? ¿Qué importancia podía tener todo aquello? Quizás la abrazaría y la felicitaría por haberse conservado inmune a tantas mentiras y no ser una de aquellas mujeres bestializadas que por temor o resentimiento nos gritaban las consignas ordenadas desde las tribunas políticas, tales como «escoria», «lumpem», «mariquitas»... Terminé por darme cuenta de que el impulso que me llevaba a la búsqueda de aquella mujer se debía al delirio de la fatiga, porque ¿cuántas mujeres valientes no tenía a mi alrededor? Podía empezar por la primera que me encontrara. Con el pensamiento las felicité a todas y tiré el carné de aquella mujer que había decidido comenzar una nueva vida.

Después de un largo tiempo para llegar al lugar que antes ocupaba me encontré con que mi amiga había sido reconocida por una de sus vecinas. Con la experiencia de la noche pasada y conociendo el punto de irracionalidad a que pueden llegar las personas en situaciones difíciles, preferí no reclamar mi puesto, y traté de dar con mi hermano a ver si me podía hacer sitio y dormir con las piernas estiradas durante mil años.

Recorrí todos los rincones llamando a Pepe, que es el nombre de mi hermano. A mis gritos respondió Luisito que «no lo había visto». Temí encontrarlo herido y tirado en cualquier rincón. Con la ayuda de un negro gigantesco me trepé al techo de uno de los edificios de la embajada. Allí arriba estaba mi hermano saltando y gritando junto con todos los demás: «¡Queremos la salida!» ¡Queremos la salida!... Me senté en el tejado. Por todas partes habían esparcido palos, piedras, latas, hasta periódicos. Tomé uno, el periódico oficial *Granma*, que

decía en primera plana: ¡QUE SE VAYAN LOS QUE VIVEN DE NUESTRO SUDOR! ¡QUE SE VAYA LA ESCORIA! ¡QUE SE VAYAN! ¡QUE SE VAYAN!... Me quedé con el periódico, de cualquier manera serviría para protegerme del frío y del sereno de la noche.

En la calle habían apostados numerosos cordones de policías uniformados y otros muchos miembros de distintas organizaciones represivas. Daba la impresión de que en cualquier momento nos liquidarían. En todos los árboles de la Quinta Avenida donde se encontraba la embajada y en sus alrededores habían instalado altoparlantes que gritaban atronadores las mismas consignas de los periódicos: «Que se vayan». «Vamos a limpiar el país de delincuentes y homosexuales». «Mi casa limpia y bonita sin lumpen ni mariquitas». Aquellas palabras emitidas por el Estado no ofendían a nadie, mucho menos a los homosexuales que habían sufrido tanta persecución. Reunidos en grupo aplaudían cuando los acusaban de afeminados y pervertidos.

Algunos de aquellos jóvenes acusados de homosexuales y sintiéndose ya libres quisieron hacer una demostración jocosa de lo que la policía llamaba «sus defectos», y comenzaron a bailar un estrambótico ballet sobre las ramas de los árboles. Uno de ellos, en el delirio de la danza, saltó a una rama muy fina que daba a la calle: la rama se quebró y él fue a caer junto a los policías. «Corre que te cojen», le gritaban sus amigos. Pero él, como si fuese un bailarín experimentado, rebotó de un salto dentro de la embajada. Todo sucedió tan rápido que cuando los policías reaccionaron ya era demasiado tarde.

Pasé aquella noche con mi hermano y muchos más asilados en el techo del edificio. Por el día habían acomodado a numerosos niños y a algunas mujeres bajo el techo de la embajada. Para muchas no hubo espacio, pero se consolaron porque por lo menos sus hijos, que habían estado al sol y al sereno, pudieron encontrar refugio.

Otro día y la situación seguía igual. Mucha gente empeza-

ba a desesperarse. El hambre ya era insoportable. Yo conservaba el pedazo de pan y la lata de leche. Aguantaba las ganas de comérmelo todo. Primero, porque era imposible hacerlo delante de tanta gente (y dónde iba a encontrar un lugar solitario); segundo, porque no tenía la menor idea de cuántos días más íbamos a estar allí sin alimentos.

Mi hermano me dijo que iba a aceptar el salvoconducto (un papel que se decía que las autoridades cubanas entregaban en unas oficinas cercanas improvisadas en la Quinta Avenida y con el cual se suponía que se podía ir a la casa sin problemas). Él quería salir para volver con comida.

—Mientras yo esté aquí tú no vas a ninguna parte —le dije— ¿es que tú eres más flojo que todos esos niños? Ellos tampoco han comido nada.

Desde entonces trataba de tenerlo cerca. Mi verdadero temor era que al salir lo matara aquella turba bestializada que, armada con cabillas y palos, esperaba afuera a los infelices que, presionados por el hambre y la desesperación, pedían el salvoconducto.

Estaba muy preocupado por lo que pudiera pasarle a mi hermano cuando de pronto un taxi irrumpió a toda velocidad por la Quinta Avenida rompiendo el cerco formado por los militares. Las intenciones del chófer eran las de abalanzarse contra la cerca y asilarse, pero, comprendiendo que de hacerlo mataría a varias personas, desvió el rumbo estrellándose contra el carro del embajador del Perú estacionado en la calle. Inmediatamente la policía disparó contra él. Herido caminó como pudo hasta la cerca pidiéndonos que lo ayudáramos a saltar. Sin darnos tiempo a que pudiésemos socorrerlo dos soldados cogieron a aquel hombre balaceado que aún se aferraba a la reja. Arrastrándolo, se lo llevaron quién sabe a dónde. Aún tuvo fuerzas para volver la cabeza y lanzar una última mirada a la Embajada del Perú.

Varias personas dentro de la embajada también resultaron heridas por los disparos de los «valientes soldados revolucio-

narios». Entre ellos, una niña que fue herida en el estómago y un hombre en una pierna. A ese hombre lo vi luego varias veces dentro de la embajada, afiebrado por la gangrena provocada por la herida, sin atención médica, puesto que él se negaba a salir de la sede por temor de perder su condición de asilado. Finalmente, sin conocimiento, se lo llevaron en contra de sus deseos.

—¡Nos van a matar a todos! —gritaba la gente por todas partes.

¡Cuánto espanto se veía en los rostros de aquella muchedumbre! Hombres, mujeres, niños. Todos dando vueltas de un lugar a otro en aquel espacio reducido. Y sin embargo, ¿qué habíamos hecho para sentirnos tan aterrorizados? ¿Es que acaso querer ser libres es un delito? Sólo habíamos rechazado a Fidel Castro, porque no queríamos vivir bajo una dictadura. En otros países esa actitud (estar en contra de una dictadura) es motivo de alabanza, pero a nosotros en Cuba nos trataban como a criminales... Luego de unos minutos de silencioso terror empezamos otra vez a cantar el himno nacional. Poco a poco las voces se fueron acoplando hasta cantarlo repetidamente y sin cansarnos.

En cadenas vivir es vivir

en oprobio y afrentas sumidos.

Del clarín escuchad el sonido...

Después, todo volvió a su acostumbrada incertidumbre.

Ahora estaba en una cola, que se prolongaba por horas bajo un sol abrasador, para beber un poco de agua. ¡Qué alivio cuando finalmente pude llenar mi estómago aunque fuera de agua! Sentí entonces como un vértigo y tuve que tirarme al suelo sobre el fanguizal formado por orines y excrementos.

Poco después me repuse y caminé buscando un rostro conocido o una noticia alentadora. Por donde quiera, gente acos-

tada, sentada o parada. Cada centímetro estaba ocupado, No había espacio para transitar libremente; era necesario siempre saltar sobre los cuerpos y el sol arreciaba sin compasión. Sentí otra vez el mareo y viendo un pequeño claro vacío me senté. Apenas empezaba a reponerme cuando un hombre con un niño en brazos me gritó:

—¡Qué bonito! ¡Mira, maricón, levántate antes de que te de una patada en el culo!

—¿Y a qué se debe tanto egoísmo? —le dije sin hacerle mucho caso.

—Ese es el puesto de mi mujer que fue a tomar agua. ¡Levántate!

Me levanté de mala gana y me quedé parado frente al hombre. En sus ojos tristes vi la angustia del padre que sabe que su hijo tiene hambre. Me volví a sentar, esta vez a su lado, y como quien trafica una mercancía ilegal, saqué el pedazo de pan (ahora duro como una piedra) y se lo di al niño que al momento empezó a mordisquearlo como un roedor, mirando al padre. El hombre me miró conmovido y casi sin poder hablar me dijo: «Si quieres puedes quedarte sentado, cuando llegue mi esposa yo me levanto». Le puse una mano en el hombro y sonriéndole le dije: «Está bien». Me levanté con más fuerzas y saltando por entre los cuerpos volví a aquel rincón junto a la puerta donde había estado al principio, al lado de la mujer gruesa con su hija. La pobre mujer parecía un cadáver y la hija peor aún. La muchacha padecía de asma y en aquel momento tenía un ataque, pero nada podía hacerse, a no ser abandonar el recinto. Con gran pena la madre le golpeaba la espalda tratando de aliviarla.

Cerca de mí había un árbol sobre el que estaban varios hombres encaramados como si fuesen monos, y provocando una disputa con los que estaban abajo a causa de las ramas que se desprendían y hasta ellos mismos que a veces le caían encima a los demás. Me las arreglé para trepar, pero al parecer tampoco allí había una rama que no fuese propiedad pri-

vada. Finalmente, me acomodé entre una horqueta y me amarre con el cinturón. Me asombré al notar cuánto peso había perdido. Me quedé dormido y cuando me desperté me hallé colgado de la cintura. Con la ayuda de varias personas volví a quedar a horcajadas sobre las ramas.

A pesar de mi incómoda posición dormí como dieciocho horas. Me dolía todo el cuerpo, pero había recuperado algo de mis fuerzas. Desde el árbol podía observarlo todo perfectamente: la gente amontonada, los viejos, los heridos, los niños, los que ya no podían más y caían desmayados. Desde el suelo se elevaba un vaho pestilente que me hacía recordar los grandes criaderos de cerdos.

Súbitamente cayó un aguacero, regalo del cielo para premiar nuestros deseos de permanecer allí y estimular nuestra fuerza de voluntad. Pero el agua trajo más enfermedades. Y todos los que habían permanecido a la intemperie apenas si podían moverse de un lugar a otro. También trajo más barro; los que caminaban se enterraban hasta los tobillos.

Una mujer se quitó el vestido, quedando sólo en traje de playa. Intentaba exhibirse entre la multitud, pero casi nadie le prestaba atención. Le gritaban: «Loca, controlen a esa estúpida que me ha pisado la manta». Se sentó finalmente sobre el lodo llorando y gritando: «Son unos bárbaros, son unos bárbaros».

Pasé varios días sobre aquel árbol, sin bajar a tierra, tomando sólo agua que me ofrecían desde abajo, y masticando, para entretener el estómago, alguna hoja. Entre mis vecinos de las ramas había uno que practicaba el yoga y decía que había que hacer profunda meditación para permanecer varios días sobre un gajo sin moverse. Tan *profundamente* se hallaba imbuido en esas meditaciones que no llegó a darse cuenta de que había perdido el equilibrio y fue a parar de cabeza al suelo, quebrándose un brazo, además de recibir las injurias de las personas a quienes les cayó encima.

Al cabo de una semana o más, de la misma manera como

había visto a la gente entrar en la Embajada del Perú, así la veía salir. No podían aguantar un día más de hambre y de falta de higiene. Las mujeres, naturalmente, eran las que más sufrían. Muy flaco y con las piernas entumecidas bajé del árbol. Para aquellos que quieran saber de una buena dieta para adelgazar ya saben que lo único que tienen que hacer es dejar de comer. La mujer que fue gruesa daba lástima de lo flaca que estaba. Nadie se movía para no gastar las pocas energías que le quedaban.

Unos funcionarios de la embajada entraron al edificio con algunos sacos de papas seguidos por un enjambre de niños hambrientos y desesperados; yo entré con ellos y conmigo medio mundo. De alguna manera repartieron las papas. A cuántas tocaron y cómo se las comieron, no tengo la menor idea.

Cuando salía del edificio hacia el patio, una mujer bajaba las escaleras llamando a un médico. «Usted mismo», me dijo, tomándome por un brazo y conduciéndome a una habitación en el segundo piso.

Allí se encontraba una mujer con los dolores del parto junto a otras mujeres enfermas, viejos y niños. Todavía estaba allí el hombre herido en la pierna que se negaba a ser conducido al hospital. También había otro hombre que enloqueció por causa de un equívoco: una noche un grupo de asilados, tomándolo por un infiltrado del Ministerio del Interior, lo tiraron fuera de la cerca. La policía corrió tras él para capturarlo. El pobre hombre saltaba la cerca y otra vez lo devolvían, hasta que enloquecido y siempre perseguido por el fanático grupo y por la policía, corrió hasta el edificio y se precipitó desde la terraza cayendo sobre sus perseguidores. De ese modo no volvió a recuperar la razón a pesar de que la gente dejó de perseguirlo convencida, al parecer de que no era un policía... Ahora la mujer con los dolores del parto estaba a punto de parir y las otras mujeres me pedían que hiciese algo. Yo les dije que no era doctor y que se habían confundido, pero que estaba dis-

puesto a ayudar en lo que pudiera. Sugerí acostarla en el suelo sobre una sábana.

Allí estaba, ya, aquella mujer sobre el suelo y yo agachado junto a ella sin saber qué hacer.

—Pero haga algo, hombre —me gritaban las otras mujeres formando un coro.

—Habrá que esperar a que salga el niño —les dije.

—Yo no sé qué hay que hacer en estos casos —dijo una de las mujeres.

—Pero yo sí —dijo otra poniéndose junto a la cabeza de la parturienta y gritándole —¡Puja! ¡Puja! ¡Ahora sopla! ¡Sopla! ¡Sopla!

La mujer pujaba y resoplaba.

—¡Ahí viene el niño! —grité.

Todas las mujeres se aglomeraron a mi espalda.

—¡Puja! ¡Puja! —gritaba ahora yo, ayudando con las manos a que saliese la criatura.

Tiré de aquella cabecita babosa y sangrienta, y entre puja, hala y sopla nació el bebé, en Cuba, pero en territorio libre.

Rendido por la fatiga me dejé caer sobre un sofá, era la primera vez (y ojalá sea la última) que hacía el papel de partero. Pero allí adentro faltaba el aire y salí en busca del fresco de la noche.

Alguien me llamó y reconocí al padre del niño a quien le diera el pan días atrás. Saqué la lata de leche y le dije: «Aquí tienes para que le des algo de tomar a tu hijo». Y antes de que alguien pudiera sostenerme caí de bruces sobre el fanguero. El hombre me recogió y me condujo al edificio, a uno de esos espacios debajo de la escalera donde se guarda el trapeador, la escoba y otros enseres. Preparó un vaso con agua de azúcar y me lo dio. «Tómame esto», me dijo, «no hay nada mejor para levantar el ánimo». Se lo agradecí, pero no habiendo espacio para mí en aquel cubículo (donde ya estaba el hombre con su mujer y su hijo) me levanté preguntándole si había habido

alguna mejoría en el ambiente. Me dijo que casi todo seguía igual, aunque habían instalado baños del otro lado de la cerca, pero que casi nadie los usaba por temor a que no los dejasen regresar. También habían repartido algunas miserables cajitas de cartón con una croqueta y unos granos de arroz.

Caminé directamente hasta la cola del agua. De pronto, todo el mundo se precipitó hacia la cerca: habían llegado las cajitas con la comida.

Los policías sentían un placer morboso en demorar la repartición, viendo cómo todos se desesperaban por aquella miserable ración.

Un buen soldado comunista (lo llamé «bueno» porque el soldado comunista que quiera ascender no debe prestar atención a sus sentimientos humanos sino a las órdenes represivas) tomó una cajita y se la ofreció a uno de los asilados. El hombre hacía grandes esfuerzos por alcanzar la comida. El soldado sonriendo le decía:

—Haga un esfuerzo por llegar aquí que yo no tengo ningún interés en meterme allá adentro.

Cuando ya el hombre tenía medio cuerpo por encima de la cerca y las manos extendidas, el soldado se precipitó hacia él golpeándolo en pleno rostro con la culata del fusil. Poco después entre miles de personas el hombre herido y sangrando logró agarrar una cajita que le trajo a su familia, una mujer y una niña pequeña.

—Cómanselo todo hoy —les dijo— que buen precio he pagado por tan poco.

Y se sentó junto a ellas para verlas comer.

El hombre, en su afán de poder y de venganza —pensaba viendo a los soldados golpear a aquella gente hambrienta e indefensa—, ha creado tantas razones que ya no existe ninguna. Todo, hasta la más inconcebible tiranía, se puede justificar teóricamente. ¿Cuántos intelectuales «liberales» y turistas ex-

tranjeros en el momento en que nosotros éramos apaleados como bestias no estarían admirando las «maravillas» del régimen?... Pero dejando los pensamientos y preocupándome por mi estómago me dispuse a cocinar unas cáscaras de papa que había recogido del suelo. En eso me tropecé con un conocido irreconocible, así estaba de flaco y mugriento, y le pregunté por mi hermano. Para mi pesar me dijo que habían abandonado la embajada. Varios días antes lo vio tomar el salvoconducto y desaparecer corriendo por la calle.

Con unos palitos secos hicimos fuego y en una lata vacía salcochamos las cáscaras. Nos las comimos y nos tomamos el agua.

De pronto, un individuo, que nadie sabía de dónde había salido, comenzó a trepar por el asta donde ondeaba la bandera del Perú que nos amparaba contra las armas que durante día y noche se mantenían apuntándonos desde afuera. Una voz femenina gritó algo ininteligible pero que fue suficiente para darnos la alerta. Evidentemente un infiltrado de la tiranía intentaba apoderarse de la bandera peruana y dejarnos sin protección. Mi amigo corrió y empezó a subir tras él. El agente, viéndose descubierto en su misión, saltó pateándome en el pecho. Los dos rodamos por el suelo. Él trataba de escapar y yo seguía sujetándolo por una pierna. Mi amigo saltó y acudió a ayudarme. Entre muchos otros lo lanzamos como un saco de papas sobre la cerca. La policía uniformada lo recibió con injurias y reproches. Dándole la espalda y sin oír sus explicaciones, un oficial entró enfurecido en su auto marca *Moscovich* y se retiró... Todo esto sucedía delante de nuestras narices. Pero los altoparlantes insistían en que éramos nosotros los delincuentes y no ellos.

Ahora, temerosos de un nuevo ataque, mantuvimos una guardia al pie del asta.

El Gobierno cubano rechazó la ayuda ofrecida por la Cruz Roja Internacional y los alimentos que los Estados Unidos estaban dispuestos a enviar. Fidel Castro alegó que Cuba sola

podía resolver la situación. De todo esto nos íbamos enterando porque algunos de los asilados habían llevado radios portátiles donde empezamos a oír las noticias extranjeras. En realidad lo que se proponía el Gobierno era matarnos de hambre o rendirnos por agotamiento. Comenzaron entonces a dar sólo ochocientas raciones de una pésima comida para más de diez mil personas, creando así toda suerte de disturbios internos a través de los agentes de la Seguridad del Estado que habían infiltrado entre nosotros. Pero como si aquella comida fuera excesiva, súbitamente fue suprimida por completo. Con el bloqueo llegó el hambre total: con el hambre vino la desesperación. Nada, absolutamente nada quedó que pudiese ser ingerido y que no causara la muerte. Las hojas de todos los árboles fueron hervidas y tomadas como si fueran té. Todo pájaro o insecto que cruzara la cerca era liquidado y engullido sin mayor ceremonia. Todo ratón, gato, lagartija o gorrion que por allí pasara fue devorado. Cuando el hambre es canina no existen sentimientos de pulcritud. A pesar de todo sentí un poquito de asco, por lo menos al principio, cuando me ofrecieron un pedacito de carne de un gato que para su mala fortuna respondió al llamado cariñoso de uno de los asilados. Les diré que, aunque sólo toqué una pequeña porción, no sabía mal, aunque quién sabe si después de todo me engañé, pues el hambre es mala consejera hasta en cuestiones de cocina.

No puedo dar información de quién fue el afortunado que se comió la cotorra que era la mascota del embajador, pero sí puedo comunicarles el visible descontento del diplomático cuando encontró sólo las plumas de lo que fuera su entretenimiento en tiempos de paz.

Al cabo de quince días todo el patio de la embajada se fue quedando vacío. La gente se marchaba para su casa con un salvoconducto y un pasaporte «visado» para cualquier país donde se le aceptara como refugiado. Todo esto de acuerdo

con las conversaciones de la Embajada del Perú y el gobierno de Fidel Castro que supuestamente le garantizaba la inmunidad a los asilados. Aunque después supimos que muchos de los que se acogieron al salvoconducto —más de tres mil— jamás lograron abandonar el país y ni siquiera se sabe dónde están. De los asilados en la Embajada del Perú, el gobierno cubano sólo dejó salir fuera del país a la gente que no consideraba perjudicial para su imagen pública en el extranjero. Muchos profesionales y artistas jamás lograron irse, entre ellos el cantante y compositor Mike Purcel, quien sólo tres años antes había ganado el primer premio por la canción presentada como tema oficial al Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, uno de los tantos eventos políticos internacionales auspiciados por la Unión Soviética con fines de propaganda y proselitismo.

Como las cajitas con la comida jamás volvieron a ser distribuidas había que morir de hambre o regresar a la casa hasta nuevo aviso.

Ya no había nada a qué echarle mano. Hasta las lagartijas y las cortezas de los árboles había desaparecido, y yo estaba muriéndome de hambre pero soñando aún con mi libertad. Ahora que la tengo le doy gracias todos los días al cielo por poderme levantar sin el temor de ser arrestado, encarcelado y hasta asesinado sin haber cometido delito alguno. Los que han padecido lo mismo que yo saben el valor que esto tiene y lo que significa.

El Gobierno, a través de sus Comités de Defensa de la Revolución, organizaba ahora otro contraataque: miles de personas desfilaban obligatoriamente frente a la Embajada del Perú, manifestando su «repudio» a los que queríamos ser libres. Gritaban: «escoria», «vendepatria», «plebe», «homosexual», «delincuente», en fin, todos los insultos que el periódico *Granma* les había sugerido en una lista oficial.

Yo me preguntaba: «¿si esos miles de personas que desfilaban eran simpatizantes de la dictadura, por qué entonces los

soldados no les permitían que se acercasen a la embajada? ¿Acaso temían que ellos también saltaran la cerca y verla otra vez llena de «escorias» y «vendepatrias»?

Desde el tejado, más allá de la muchedumbre histérica que desfilaba insultándonos, se veía el mar. El mar azul del trópico. Si pudiera cruzarlo, me decía. Y mi imaginación, siempre libre, ya lo surcaba jugando con las olas.

Allá arriba pasaba las horas mirando las pequeñas embarcaciones de motor que ya empezaban a llegar a la isla. Pronto fue creciendo el número de aquellas embarcaciones que desde Miami habían cruzado el Golfo de México.

Comprendí que no tenía por qué permanecer más tiempo en la embajada, que el Gobierno había sido vencido de cierta manera por nosotros. Que las presiones internacionales habían surtido efecto y que Castro creyó haber encontrado una solución a su postura embarazosa ante la opinión pública internacional.

Ahora me esperaba otra prueba difícil: poder cruzar con mi salvoconducto por entre la turba irracional y los soldados. Bajé del techo y al ver a un funcionario peruano de la embajada, lo abordé y le pregunté qué debía hacer, y si estaba bien que saliese del recinto aceptando las condiciones que me ofrecieran para abandonar el país. El funcionario me dijo que todo estaba acordado con el Gobierno de Castro para que los asilados volvieran a sus casas y se repusieran hasta que les llegase el momento de abandonar el país en definitivo destierro. Y que no tenía nada que temer, a no ser que tuviera una deuda con el Gobierno. Con eso se refería a los denominados «tapaditos», irónica palabra acuñada por el mismo Fidel Castro bajo la cual caían los asilados que anteriormente habían pertenecido a las mismas organizaciones políticas del Gobierno, tales como la Unión de Jóvenes Comunistas, el Partido Comunista, el Ministerio del Interior, las Fuerzas Armadas y muchas otras. El problema es que todo el que vive en Cuba tiene que pertenecer a alguna organización política, por lo

tanto no se sabía hasta dónde abarcaba la palabra «tapadito» pronunciada por el dictador.

Yo, que había estado de «voluntario» varias veces en el corte de caña, me debatía entre todas esas contradicciones. ¿Y si salía y era encarcelado, luego de ser apaleado? Di varias vueltas al recinto y de pronto, sin pensarlo más, salí y me entregué a los esbirros.

Habían pasado dieciséis días y quince noches desde el momento en que había entrado en aquel lugar.

Entre insultos y golpes fui conducido a un ómnibus después que mi nombre fue confrontado con la lista de los «tapaditos», que era larguísima. Yo no estaba en ella, así es que no hubo problema por esa parte.

Antes de tomar el vehículo una periodista del *Granma* quiso entrevistarme. Ella quería que yo respondiera de acuerdo a sus orientaciones, que yo le «corroborara» que había visto escenas de orgía y depravación dentro de la embajada.

—Tu declaración no te va a perjudicar en lo más mínimo —me repetía—; ahora, dime, cuéntame, sin omitir ni una sola palabra, describe las orgías que viste dentro de la embajada.

—¿Pero de qué está hablando usted? Yo no he visto más que hambre y angustias.

—No tienes nada que temer. De todos modos estamos enterados.

—¿Si ustedes lo saben todo, por qué preguntan?

—Para confirmarlo. Es mejor que me lo cuentes todo, porque te conviene.

—¿Que le cuente qué? —le grité al micrófono que ella me había metido casi dentro de la boca.

Para la próxima pregunta ya estaba casi dispuesto a regresar a la embajada y no salir de allí jamás. Pero afortunadamente la periodista se fue con su historia hacia una mujer que traía dos niños enhorquetados en la cadera.

De allí nos condujeron al Club Militar llamado «Abreu Fontán», en el reparto Miramar para entregarnos los pasaportes. En aquel lugar teníamos que pasar por varias mesas. En una nos hacían las fotos, en la otra llenaban una planilla para el pasaporte; más allá había que hacer cola para que nos entregaran el documento de salida. Luego nos daban otro salvoconducto. Después éramos nuevamente interrogados y teníamos que entregar los documentos. Cada vez que esto ocurría yo temía que no me los devolvieran, como ya le había pasado a otras personas.

A todas estas, una joven empleada que era comisario político, intentaba desalentarme con el fin de que yo renunciara a la salida: «Qué parecía mentira que yo fuera a traicionar a la Revolución, que con tantas oportunidades que me ofrecía la Revolución, que 'ellos' estaban dispuestos a perdonarme...».

Pero yo me decía a mí mismo: de todas las oportunidades que ofrecen la única a la que aspiro es que me dejen largarme de una vez.

No todos tuvieron la suerte de poder volver a la casa, como yo. Algunos eran arrestados allí mismo, y, escoltados por dos agentes, encerrados en una celda.

Al fin con mi pasaporte y el salvoconducto salí al patio donde había muchas otras personas en mi misma situación. El edificio estaba rodeado por «patriotas» que esperaban nuestra salida para castigarnos a palos por nuestra «traición». Afortunadamente subimos en la guagua que nos aguardaba. Desde que salimos empezaron a bombardearnos con piedras, huevos y tomates podridos. Otros, aún más agresivos, golpeaban el ómnibus y trataban de forzar las puertas. Era irónico que después de habernos casi matado de hambre en la embajada ahora nos despidieran con una gran abundancia de huevos y tomates. Es fácil imaginar el pánico de todos nosotros. Con la guagua en marcha, un militar de los que querían atropellarnos se aferraba a la puerta e intentaba abrirla. Y lo hubiera hecho de no haber sido porque el chófer aceleró la velocidad.

Después de esto, el chofer, al parecer conmovido por nuestra situación, nos informó que él tenía la orden de llevarnos a un punto específico donde nos aguardaba una turba de personas para golpearlos. También nos advirtió que guardásemos bien el pasaporte porque eso era lo que primero nos romperían. Agradecido me metí el pasaporte dentro del calzoncillo y le pedí de favor al chófer que me dejara bajar en cuanto viera una calle tranquila a salvo de los enfurecidos «paleros».

Ya en la calle tenía otra cosa en qué preocuparme, y era cómo llegar a mi casa sin ser identificado como uno de los asilados de la embajada. Encontré la solución: agarré también un palo, y blandiéndolo mientras daba aullidos, gritaba consignas políticas haciéndome pasar por uno de los participantes en los «actos de repudio». Así llegué a la casa sin otro problema que un fuerte dolor de garganta.

Allí estaban mi madre y mi mujer, quienes casi no me reconocieron por lo flaco y sucio que yo estaba después de más de quince días sin comer ni bañarme. Pero en mi casa tampoco había nada que echarle al estómago y Mayra tuvo que salir a la calle y hacer una cola de varias horas frente a un establecimiento llamado «Pío Pío» para conseguir un cuarto de pollo que devoré al momento. Ya más repuesto subí con Mayra a la barbacoa. Yo trataba de animarla, pero ella no hacía más que llorar. Ahora se lamentaba de no haberse metido en la embajada conmigo.

—Esa fue una oportunidad que nunca se volverá a repetir —me decía—. No dejes de pensar en mí y prométeme que si algún día puedes sacarme de aquí lo harás. Si algún día puedes venir en una lancha a buscarme yo te estaré esperando.

Yo no sabía en aquel momento qué decirle. La idea de venir en una lancha era descabellada, pues todas las costas de Cuba están muy vigiladas. Por otra parte ni yo mismo estaba seguro de que me iban a dejar salir del país. Nos abrazamos llorando y así pasamos la última noche. Hasta la fecha no hemos podido reunirnos nuevamente.

Al otro día me enteré por mi madre que mi hermano José había caído preso después de haber dejado la embajada con el permiso de regreso provisional. Cuando volvió, la misma policía que le había dado el permiso lo arrestó, como hicieron con tantas personas que ingenuamente se acogieron a aquella falsa oportunidad para ir a la casa y regresar. Por suerte, tres meses después mi hermano pudo salir por el Mariel, confundido entre los presos comunes que Castro expulsaba.

Ahora sólo tenía que esperar la autorización de salida. Tenía que estar en casa como un prisionero hasta que me llegase la libertad. Pasaba las horas en la habitación de abajo, donde vivía Reinaldo Arenas en su barbacoa.

—Si yo me hubiese metido en la embajada jamás me hubieran dejado salir —me decía.

Y yo sabía que tenía razón. A un escritor conocido difícilmente lo iban a dejar marchar por esa vía y, tal vez, por ninguna. Para abandonar el país había que ser una persona desconocida o de lo contrario irse clandestinamente.

Yo había estado trabajando como ayudante de tornero en el taller «José Martí» del Consolidado de la Goma. Ganaba ochenta pesos al mes, y durante la zafra tenía que irme como «voluntario» a cortar caña por tres meses. Y sin embargo, aquel trabajo miserable de ayudante de tornero era un privilegio en Cuba porque por lo menos vivía en la ciudad. Pero ahora ya no podía volver a mi trabajo, como tampoco podía volver a estudiar, ni reincorporar mi nombre a la libreta de racionamiento familiar, en caso de que no pudiera abandonar el país —como le ocurrió a muchas personas.

Me estaba tomando una sopa aguada cuando llamó un militar a la puerta. Gritó mi nombre y dijo que debía presentarme de nuevo en el círculo militar «Abreu Fontán» en menos de quince minutos.

Afortunadamente pudimos conseguir un taxi porque le ofrecimos al chofer todo el dinero que teníamos encima. Íba-

mos en el vehículo mis padres, mi esposa, Reinaldo y yo. Durante el viaje Reinaldo me dijo:

—Lázaro, acuérdate del otro Lázaro (el del *Lazarillo de Tormes*) y abre bien los ojos antes de que te embista el toro de piedra. Confía sólo en los amigos que no tienes.

Salí del auto y corrí entre dos filas de esbirros indignados que me apedreaban mientras yo cargaba con una maleta que mi madre me había obligado a llevar. «Porque sin maleta», me dijo, «no te dejan embarcar»... De cualquier modo, ahora la maleta me servía de escudo en esta nueva y terrible guerra contra los huevos, los tomates y las piedras.

Mientras corría, esquivando los golpes y los huevos podridos, oí que alguien gritaba mi nombre. Me detuve y vi a Mayra que se había bajado del taxi y me llamaba.

—¿Qué? —le pregunté.

Ella levantó la mano como para decirme algo muy importante que se le había olvidado. En ese momento un huevo se estrelló en mi cara.

—Cuídate —oí que decía mi mujer, que ya volvía al auto y desaparecía con mi familia.

Una vez en el «Abreu Fontán» tuvimos que esperar dos días más, amontonados como animales y sin ningún alimento, a que llegaran los ómnibus que nos llevarían al puerto del Mariel.

A las tres de la madrugada llegamos a una base militar en una playa llamada El Mosquito (nombre muy apropiado para el sitio). Allí pusieron todos los ómnibus en fila. La madrugada era tan oscura como al parecer nuestro verdadero destino, pues aún no sabíamos a dónde nos llevaban y hasta empezábamos a temer que pudiéramos ser fusilados.

Al cabo de varias horas nos hicieron bajar y nos alinearon junto a una pared. Los militares nos dijeron que teníamos que esperar las órdenes del capitán y se fueron a buscar al mencionado oficial. Por fin apareció el capitán y dio la siguiente orden:

—¡Las mujeres y los niños para este lado! ¡Los hombres para acá! Digo, si es que son hombres, pues si se consideran otra cosa se pueden ir con las mujeres. De todos modos van para el mismo lugar.

Con esas insinuaciones no se sabía a ciencia cierta si iríamos para los Estados Unidos o para el hoyo. Algunos padres de familia se alborotaron... Ante aquellas protestas los militares se movilizaron y nos pusieron de espaldas contra la pared. Por la mañana nos llevaron a una nave donde nos desnudaron y nos revisaron hasta el culo. De allí salimos sólo con la ropa que llevábamos puesta a un espacio cercado por sogas y custodiado por perros y guardias (si es que se pueden establecer diferencias). Uno de ellos (un guardia) nos dijo:

—El que cruce esta sogá sin permiso previo se le tirará a matar.

Al otro día levantaron una casa de campaña para las mujeres, pues cada vez era más la gente que entraba y no salía nadie. Esa noche empezaron a ladrar los perros y se oyeron los alaridos de muchas personas. A una orden recibida los militares habían soltado los animales para que nos atacaran. Hubo muchos heridos, entre ellos varias mujeres.

Los días pasaban en una espera interminable. Yo tenía el número 98 en la lista de los «hombres solos», lo cual quería decir «hombres sin familiares», y teníamos que esperar a que se embarcaran primero las mujeres y los niños y luego los dichosos que venían con ellos. Al fin llegó una guagua y la llenaron según la capacidad de la embarcación que saldría por el puerto del Mariel. Como pude saber más tarde, en la mayoría de los casos le hacían llevar al capitán del barco o del bote más pasajeros de los que la nave podía normalmente soportar. Cuando el capitán protestaba le decían: «O te los llevas a todos ellos o no te llevas a nadie». Y como lo que él quería era salvar a sus familiares, tenía que cargar con todo el mundo.

De vez en cuando llamaban a uno de la fila de los «hombres solos». Yo miraba mi tarjeta con el 98 y miraba luego al

cielo, pero parece que eso no me ayudaba a que me montaran en un bote. Así que una noche, cuando llamaron a alguien que no respondió, yo subí rápidamente a la guagua. Pocos minutos después y bajo un fuerte aguacero llegamos al Mariel. Allí nos hicieron bajar, nos pusieron en fila y nos obligaron a marchar como si fuéramos soldados a la vez que teníamos que repetir consignas manidas, tales como ¡VIVA NUESTRO COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO RUZ! ¡ABAJO EL IMPERIALISMO YANQUI! Y otras cosas por el estilo... Como al parecer lo hicimos todo muy bien nos dejaron subir a un bote, aunque todavía no satisfechos nos gritaron otros insultos hasta que la nave soltó los cabos y tomamos rumbo norte.

Sentado en la popa veía la costa alejarse cada vez más. Cuando estuvimos en el mar abierto empezó la fiesta. El dueño del barco nos dio comida (recuerdo una manzana y un huevo fresco), luego fumamos y tomamos algún jugo. Muchos empezaron a gritar de alegría y a tirar sus zapatos al mar.

El *Fisherman* era una embarcación de veinte pies y en ella navegábamos doce personas a través del Golfo de México. Navegamos muchas horas contra el oleaje de un mar picado. Ya estábamos cerca de las costas de Cayo Hueso cuando el motor sufrió una avería. El piso de la embarcación se llenó de petróleo. El bote se detuvo y nos quedamos a la deriva.

A través de la radio hicimos contacto con otra embarcación que venía en rumbo contrario. Dijeron que podían remolcarnos pero hacia Cuba pues ya habían adelantado treinta millas y ellos no podían perder más tiempo. Como era peor quedarnos perdidos en medio del mar tuvimos que regresar. Y otra vez nos vimos en el puerto del Mariel marchando y gritando las estúpidas consignas castristas. Y para colmo, ahora sin zapatos.

Como veníamos de regreso los guardias se ensañaron más aún con nosotros. Al parecer, como habíamos estado unas ho-

ras fuera de la isla en alta mar, ya éramos agentes de la CIA. Nos decían que nos olvidáramos de la salida del país y que ahora íbamos para la cárcel por habernos infiltrado en las costas cubanas, y que no podían autorizarnos la salida, puesto que ya nos habíamos marchado. En ese estado de angustia estuvimos muchas horas hasta que a aquellos militares les dio la gana de embarcarnos nuevamente.

Ahora veíamos llegar al puerto no solamente la gente que había estado en la Embajada del Perú, sino muchas otras personas que anteriormente habían querido salir de la Isla y que, al fin, se les concedía la salida. Además empezábamos a ver delincuentes comunes y enfermos mentales pelados al rape. El Gobierno, en una maniobra de desinformación, estaba vaciando las cárceles y los manicomios. Así creaba confusión entre el exilio al mismo tiempo que se liberaba de problemas internos. La ola humana se hacía cada vez más grande y la espera más insoportable.

Al otro día estábamos en un barco camaronero (el *Mary Evelyn*), que transportaba a unos doscientos refugiados. Al fin parecía que abandonábamos la Isla. Ahora andábamos todos por la cubierta atolondrados por nuestros pensamientos y por la fatiga. Llevábamos más de ocho días en esa incierta espera (casi sin probar alimento y sin dormir) y más de ocho horas de navegación. Entonces aparecieron los delfines. Eran unos peces dorados y radiantes que saltaban despreocupados frente a la nave.

Así, libres, continuaron retozando delante del barco hasta llegar a Cayo Hueso, como si nos dieran la bienvenida o nos felicitaran por habernos escapado de aquel paraíso inhabitable.

Nueva York, 1985

Jorge Ronet

INDICE

LA MUECA DE LA
PALOMA NEGRA

Edición de Néstor Almendros

Prólogo de Reinaldo Arenas

GLOSARIO



© NÉSTOR ALMENDROS ROJAS, LULA
Y REINALDO ARENAS
EDITORIAL MAYOR
Apartado 20.809, Madrid
Santa Cruz, 4, 28013 Madrid
Tel. 241 28 03
Distrib. de cuba por el CENTRO REBORO
ISBN: 84-330-1482-1
Deposito legal: 1987
Impreso en España
Talleres Gráficos
Ctra. Villavieja
Lembizma (Madrid)

Jorge Ronet

LA MUECA DE LA
PALOMA NEGRA

Editor de Nestor Almendros
Prólogo de Reinaldo Arenas

© NÉSTOR ALMENDROS, JORGE ULLA
y REINALDO ARENAS
EDITORIAL PLAYOR
Apartado 50.869. Madrid
Santa Clara, 4. 28013 Madrid
Tel. 241 28 02
Diseño de cubierta: ANTONIO REBOIRO
ISBN: 84-359-0539-X
Depósito legal: M. 43.170-1987
Impreso en España / Printed in Spain
Talleres Gráficos Peñalara
Ctra. Villaviciosa a Pinto, km. 15,180
Fuenlabrada (Madrid)

JORGE RONET
ÍNDICE

| | |
|---|----|
| JORGE RONET | 7 |
| LA MUECA DE LA PALOMA NEGRA | |
| <i>Primera parte</i> | 13 |
| 1. Los perros | 15 |
| 2. El primer día | 21 |
| 3. Canciones en la noche | 29 |
| 4. Domingo en Belén | 35 |
| 5. El cisne negro | 41 |
| 6. Los mil y un nombres | 47 |
| 7. Pasa la gran marquesa | 51 |
| 8. Llegaron los siquiátras | 53 |
| <i>Segunda parte</i> | 57 |
| 9. De la rosa, la camelia y la aurora | 59 |
| GLOSARIO | 83 |

HON

HQ

76.2

C9

R66

1987x

Ronet

ÍNDICE

| | |
|----|---------------------------------------|
| 7 | JORGE RONET |
| 13 | LA MURCA DE LA PATOMA NEGRA |
| 15 | Primer parte |
| 21 | 1. Los perros |
| 23 | 2. El primer día |
| 25 | 3. Canciones en la noche |
| 27 | 4. Domingo en Bélgica |
| 41 | 5. El cisne negro |
| 43 | 6. Los mil y un nombres |
| 51 | 7. Pasa la gran muralla |
| 53 | 8. Llegaron los sigilosos |
| 57 | Segunda parte |
| 59 | 9. De la rosa, la camelia y la aurora |
| 63 | GLOSARIO |

JORGE RONET

Mi amistad con Jorge Ronet comenzó hacia 1969, a los pocos años de haber salido él de los campos de concentración de Camagüey. Por entonces, Ronet esperaba la autorización del gobierno cubano para abandonar el país definitivamente, y a lo largo de toda esa incierta espera tenía que trabajar obligatoriamente en la agricultura o como peón de albañil para el Ministerio de la Construcción. Su condición de futuro emigrante («apátrida», para la burocracia castrista) lo obligaba, hasta última hora, a realizar los trabajos más duros. De haberse negado Ronet —o cualquier otra persona en la misma situación— no se le hubiese concedido nunca la autorización para poder marcharse.

Como el lugar donde Jorge Ronet tenía que trabajar quedaba cerca de mi casa (casa es un decir, pues se trataba de una pequeña y provisoria habitación), sus visitas eran frecuentes, y nuestras conversaciones, siempre clandestinas, se convirtieron con el tiempo en una suerte de disco rayado por su repetición, hecho inevitable cuando se vive en un sitio donde el tiempo se ha detenido y el presente no es más que una aburrida y mala copia en blanco y negro de un pasado descolorido, que abarca también el futuro; pues futuro no es una palabra con significado autónomo en un sitio donde todo está ya planificado.

No obstante, era siempre un placer escuchar a Jorge Ronet. Él tenía esa cualidad, tan típicamente cubana, de derrochar el talento en la sobremesa (o, en este caso, mientras nos tomábamos un té ruso hecho en un improvisado reverbero). Esa forma de diluir el ingenio en una conversación, sin jamás concretizarlo en una obra fundamental, era sin duda uno de sus rasgos principales. Y la ironía —la salvación de todo desesperado—, matizando aquellos diálogos.

Finalmente, en 1971 a Ronet le llegó el permiso de salida. Sin duda un raro golpe de suerte, pues en julio de ese mismo año, Castro, con su proverbial omnipotencia, suspendió las salidas al extranjero y declaró que consideraba que todo el que había querido abandonar el país ya lo había hecho. Otro «pequeño» error de cálculo del Premier, pues a partir de esa fecha más de doscientas mil personas han abandonado la isla por las vías más insólitas. Y más de dos millones esperan impacientes la menor oportunidad.

Entonces, estando yo todavía en Cuba, comenzaron a llegarme, desde los lugares más remotos para mí, noticias de Ronet. Sus cartas venían (a veces clandestinamente) de Madrid, París, Londres, África, Estados Unidos y Australia, donde por último se radicó hasta naturalizarse.

Lo cierto es que, también fuera de Cuba, Jorge siguió siendo un hombre marginal. Y digo marginal (esto es, «perteneciente al margen») y no marginado, puesto que su autenticidad le hacía vivir y padecer la vida que él deseaba y no la que a los otros les hubiese gustado que él viviera. La marginalidad era el precio que su desenfadada originalidad le conminaba a pagar.

Aunque escribía, la literatura no era para Ronet (tal vez afortunadamente) un oficio; tampoco lo fue el teatro, aunque fue actor. Establecido ya en los Estados Unidos obtiene una beca y comienza a estudiar artes cinematográficas, siempre como parte de una suerte de curiosidad incesante, más que con un propósito profesional. Ronet no era un hombre de empresa, era más bien un dandy a la caza de interlocutor furtivo a quien ofrecerle su ironía y su gracia. Crítico lúcido, improvisador insomne y delicioso anfitrión, él era lo que podría llamarse un personaje. Es decir, alguien que, sin saberlo, crea una suerte de misterioso arquetipo y, por lo mismo, irradia una magia peculiar que, si intentamos definirla, se evapora.

Nada más injusto que clasificar a Ronet como a una persona frívola. Todo lo contrario, la profunda tragicidad que de él emanaba había escogido la vía de la ironía, y hasta la del sarcasmo, para no angustiar a los demás. En sus memorias sobre su estancia en los campos de trabajos forzados, Ronet escribe:

Nadie me acompañó, ni mi madre ni mis hermanos. Ahora que han pasado los años pienso que se preparaba el camino de alguna forma mágica o metafísica, para mi elevación espiritual, porque, como los condenados a muerte, siempre me ha tocado tragarme las espinas de la vida en seco.

Vemos así que estamos ante una persona solitaria y desolada que evita importunar a los demás con su propia tragedia (que en aquel entonces no había culminado), tragedia que él incluso veía como «una suerte de elevación espiritual».

Una de las primeras personas con quien me tropecé al llegar a Nueva York en 1980 fue precisamente con Jorge Ronet. Y aquí el empleo del verbo tropezar es el más apropiado para definir un encuentro con Jorge Ronet. Él no era una persona a quien se le pudiera dar cita en algún sitio o encontrarlo premeditadamente. Jorge Ronet aparecía, y muchas veces de la manera más insospechada... De ese modo se reanudaron nuestras tertulias informales suspendidas durante diez años.

Creo que su lucidez política había aumentado y su valoración sobre el desastre cubano era absolutamente sagaz. Ronet no era de los que olvidan, y sus recuerdos sobre la isla de Cuba y su vida allí no podían ser, de ninguna manera, idílicos. Sus críticas a la dictadura castrista resultaban, por objetivas, demoledoras e incesantes.

Por otra parte, no se puede afirmar que Ronet fuera uno de los tantos triunfadores del exilio cubano. En sus quince años de destierro habitó siempre de una manera precaria en cuartos reducidos e impersonales. Vivía al día y la ciudad de Nueva York era su máxima compañía. La libertad era para él la esencia de sus propios movimientos, y el valor de ser él mismo estaba por encima de cualquier otra fortuna.

Pero, como ocurre siempre, el precio que hay que pagar por el respeto a uno mismo (a nuestra verdadera condición) resulta muy elevado, y en el caso de Ronet podríamos decir que ese precio fue cruelmente exagerado: el soportar gesto de burla o de perdonavidas bajo la dictadura de Batista (cuando Jorge Ronet era un adolescente), el campo de concentración para homosexuales bajo Castro, la desolación del destierro en la década del setenta y, por último, hacia el ochenta, la epidemia de SIDA de la cual él fue una de las primeras víctimas.

Al recordar, a grandes rasgos, la vida de Jorge Ronet, tal parece como si una extrema fatalidad hubiese marcado cada uno de sus ciclos. Y cuando leemos sus memorias, todo da a entender que él, con su angustiada sagacidad, así lo había presentido. Al final del capítulo segundo, donde se cuentan las peripecias padecidas en su primer día como forzado, escribe lo siguiente:

La Paloma Negra, un negro flaco, viejo, feo, con pelo gris, una loca que no se sabía de dónde venía, estaba preparando el fuego con troncos de árbol. Era el cocinero; también un prisionero. Me impresionó la presencia de la Paloma Negra. Siempre que recuerdo —aún años después— este primer día en los campos de la UMAP es principalmente a través de esta imagen del rostro del cocinero. Con su boca sin dientes y los reflejos del fuego dibujándolo, era como un símbolo del horror que me esperaba vivir. Una representación de lo absoluto.

En el caso de Jorge Ronet, la Paloma Negra, o el horror absoluto (ése que emana evidentemente desde el infierno y por lo tanto es indestructible), se regodeó haciéndole una mueca desmesurada. Aunque el infinito mundo de las calamidades es también contradictorio y a veces la misma muerte puede interpretarse como un triunfo.

João Guimarães Rosa afirma que las personas no mueren sino que quedan hechizadas. Creo que esa visión, por sabia, trasciende las ideas religiosas del autor. Quedarse hechizado puede ser también permanecer con la mejor de nuestras imágenes en el recuerdo de nuestros amigos. Jorge Ronet, desaparecido súbitamente antes de envejecer, quedará así, lúcido, irónico y jovial en nuestra memoria. Nada podrá hacerle cambiar. Su figura pasa ahora a enriquecer la imagen de Cuba y el mito de la ciudad de Nueva York que él tanto amó. Sus apariciones serán ya incansables.

Este libro, que recoge las experiencias de un joven homosexual en los campos de trabajos forzados creados en Cuba en 1965, constituye un documento excepcional. Que sepamos es la única obra estructurada, escrita sobre el tema por un testigo presencial, que abarca desde la llegada

a los campos y la vida diaria en ellos, incluyendo una fuga. No voy a detenerme en su argumento, cuyo desarrollo el lector, obviamente, tiene en las manos. Si me gustaría señalar que el autor, además de ofrecernos un documento único por su valor testimonial, cuenta con una innata capacidad narrativa y una intuición muy especial para las descripciones de lo que podríamos llamar las «relaciones con lo cubano». Los diálogos son vitales y directos y nos llevan, sin preámbulos, al centro de la trama, es decir del horror.

Por último es necesario aclarar que este documento no se hubiese publicado, ni tal vez a estas alturas existiese, de no haber sido por la generosa labor de Néstor Almendros. Cuando la filmación de la película *Conducta impropia*, Jorge Ronet, que figuró en ella, le entregó a Almendros varios textos que pensaba que pudiesen estar relacionados con el tema del filme. Como depositario de esos manuscritos, Almendros supo conservarlos y cuidarlos, entregándose, después de la muerte de Ronet, a la tarea de revisarlos y ordenarlos cronológicamente.

En vida del autor sólo un capítulo, el titulado «Domingo en Belén» fue publicado (Ediciones La gota de agua, Madrid, 1972).

En cuanto a los campos de concentración llamados Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), no sólo fueron sitio de reclutamiento de disidentes sexuales. Allí fueron a parar testigos de Jehová, negros de la religión abakuá, jóvenes católicos, disidentes políticos y adolescentes que desertaban del Servicio Militar Obligatorio. Y si bien es cierto que, gracias a la protesta internacional de prestigiosos intelectuales europeos, las UMAP fueron cerradas hacia 1969, en Cuba la persecución y el confinamiento a todo tipo de disidente sigue en pie.

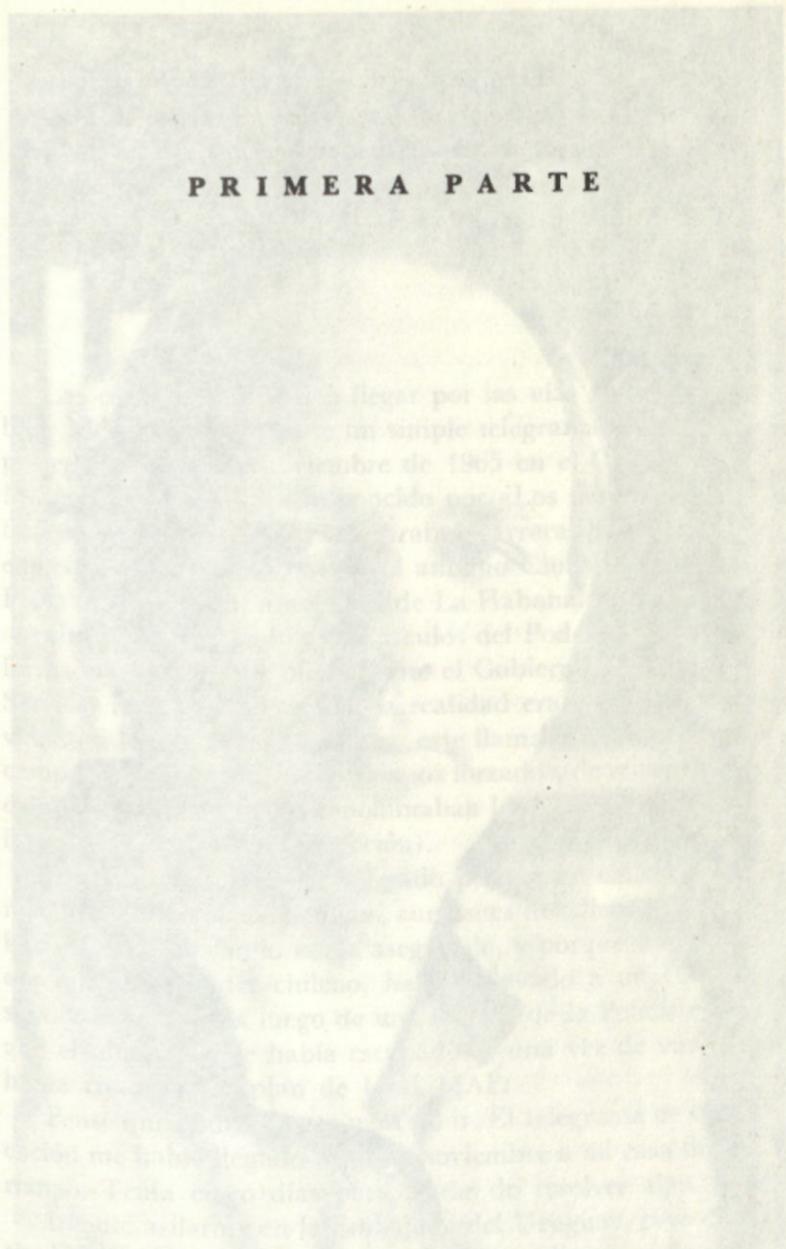
Según la Constitución Socialista Cubana de 1975 y el Código de Defensa Social (ambos vigentes), la disidencia política es punible al igual que la sexual. Bajo la sección de «Predelinencia» se condena, incluso, a aquella persona que, sin haber cometido un delito, tenga «una especial proclividad para cometerlo», y bajo el acápite de «Escándalo Público» se sanciona a los individuos que «realicen actividades homosexuales en sitio público o privado, si son vistos involuntariamente por otra persona». Una vez condenado, el reo debe ir obligatoriamente a trabajar a la plantación en que el Estado lo ubique. A veces la condena se extien-

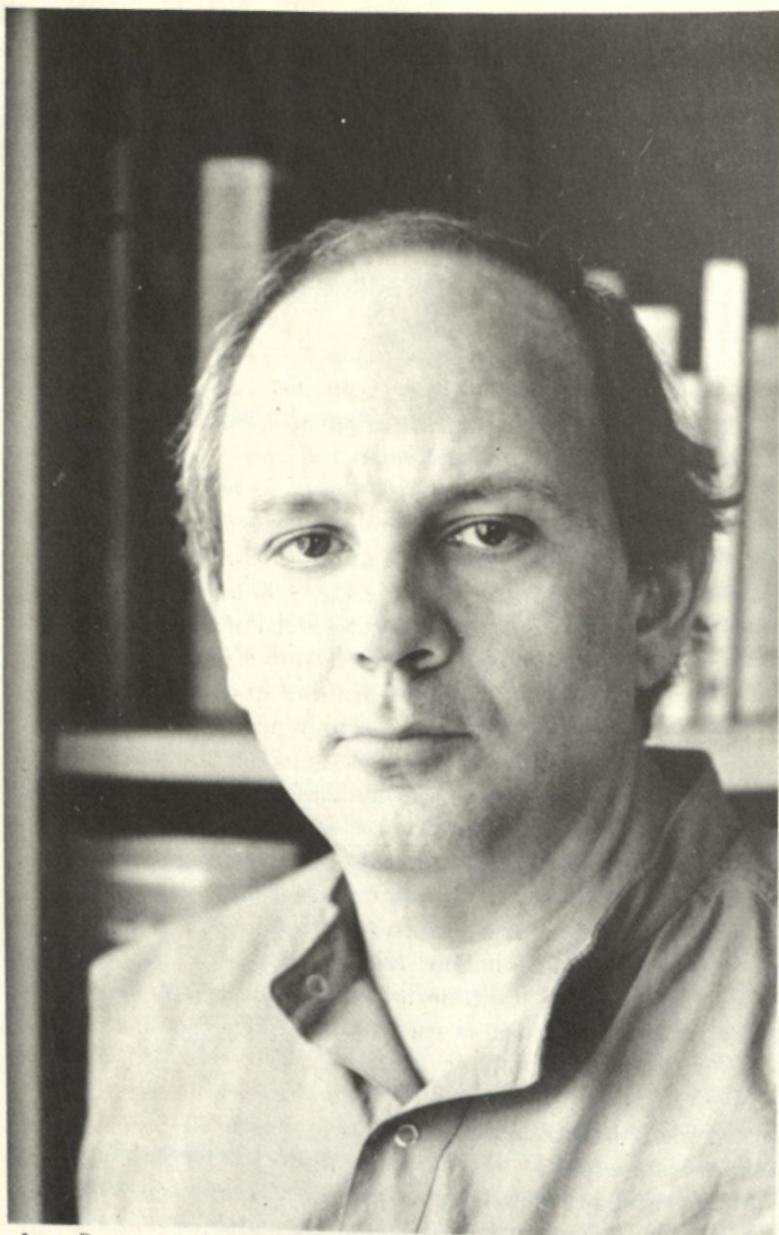
de, según el Código de Defensa Social, «hasta su total rehabilitación». De manera que en Cuba no han desaparecido los campos de trabajos forzados, al contrario, se han institucionalizado.

REINALDO ARENAS

Nueva York, julio de 1986

PRIMERA PARTE





Jorge Ronet

(FOTO: GERMÁN PUIG)

1. Los perros

Las calamidades suelen llegar por las vías más imprevisibles. Me citaron mediante un simple telegrama para que me presentara el 29 de noviembre de 1965 en el Cinódromo de Marianao, popularmente conocido por «Los perros». Allí, en tiempos del capitalismo se celebraban carreras de perros. Este edificio estaba ubicado frente al antiguo Club Náutico, en la Playa de Marianao, muy cerca de La Habana.

Un amigo, allegado a los círculos del Poder, me había informado que, aunque oficialmente el Gobierno citaba para el Servicio Militar Obligatorio, la realidad era que estaban enviando a los que convocaban en este llamado especial a unos campos de concentración y trabajos forzados, de reciente creación. A estos campos les denominaban UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción).

Mi amigo estaba bien enterado porque un chileno comunista (que en aquellos tiempos, aun antes de Allende, abundaban ya en Cuba) se lo había asegurado, y porque, además de esa información del chileno, habían llevado a un conocido suyo a esos campos luego de una redada de la Policía en Regla; el muchacho se había escapado y, una vez de vuelta, le había contado del plan de las UMAP.

Pensé qué podría hacer para no ir. El telegrama de convocación me había llegado el 23 de noviembre a mi casa de Marianao. Tenía cinco días para tratar de resolver algo.

Intenté asilarme en la Embajada del Uruguay, pero el patio de entrada estaba repleto de gente, y nadie me pudo poner

en contacto con el embajador. Traté de entrevistarme con varias amistades influyentes para ver si podían ayudarme: primero con Ricardo Núñez Portuondo, un viejo político, amigo del ex presidente Grau. Estaba aterrado y casi me echó de su casa. La antigua democracia cubana que había precedido las dictaduras de Batista y Castro había perdido todo poder.

Yo era actor en esa época y había estado contratado en el Conjunto Dramático Nacional, y también en el Teatro Covarrubias de la Plaza Cívica (después de 1960, Plaza de la Revolución).

Fui a visitar a Fermín Borges, que había sido el director del Teatro Nacional Revolucionario. Acababa de regresar de un viaje a París y me dijo, a manera de respuesta, haciéndose el gracioso: «Soy comunista, ser comunista es como ser puta, se lleva en la sangre.» (Sin embargo, Borges terminó por exiliarse años más tarde).

Fui también a ver a Miriam Acevedo, una actriz famosa en aquellos tiempos en Cuba. Me dijo: «Yo no tengo ningún familiar en el Ejército Rebelde que te pueda ayudar. Además, debe ser mentira que ese llamado sea para campos de concentración, la Revolución no haría una cosa así, es mejor que vayas tranquilito, después de todo el Ejército le hace mucho bien a los hombres.» (La Acevedo también acabaría por exiliarse. Trabaja ahora en Italia).

Fui después a ver a Maritza Rosales, otra actriz de televisión y radio, muy popular e influyente, y muy amiga mía. Me dijo: «Chico, lo siento muchísimo, pero no creo que la Revolución tenga ningún campo de concentración. Esas son invenciones, 'bolas' de los 'gusanos'. Creo que no te queda otro remedio que presentarte y, si algo malo es, vamos a ver después qué puedo hacer por ti.»

Juan Cañas, otro actor conocido de televisión e íntimo amigo, me dijo: «Debe ser verdad lo de los campos de concentración, trata de escaparte de alguna manera en lancha a los Estados Unidos, tú sabes que este Gobierno es muy hijo de

puta.» Pero no era fácil conseguir una lancha en unos días, y además las costa estaban —y están— vigiladas.

Y así, como en las fábulas de Esopo, desfilé por todo un rosario de parientes, amigos y conocidos. Al igual que en las fábulas, el animalito principal o protagonista debe llegar a su destino o meta y a mí me tocó llegar a «Los perros» de Marianao a las 7 a.m. del día 29 de noviembre de 1965.

Nadie me acompañó, ni mi madre ni mis hermanos. Ahora que han pasado los años pienso que se preparaba el camino, de alguna forma mágica o metafísica, para mi elevación espiritual, porque, como los condenados a muerte, siempre me ha tocado tragarme las espinas de la vida en seco.

Sentí una vez más esa vacuidad emocional típica de las relaciones con los cubanos, quienes aparentemente son muy simpáticos, pero están cargados de un gran vacío, que es a la vez siniestro, húmedo y que huele a vileza y desamparo. Siempre he pensado que la gente de los trópicos tiene algo monstruoso detrás de sus sonrisas y voces de guanábana.

Dentro del Cinódromo había miles de personas. El proceso fue bastante rápido, nos metían lo más pronto posible en camiones militares. Una vez llenados unos 50 camiones, partimos rumbo a la Estación Central de Trenes de La Habana, cada camión escoltado por una «perseguidora» y algunos *jeeps* llenos de militares que portaban metralletas rusas, en posición de tirar.

Serían como las 10 de la mañana cuando llegamos a la estación. Allí había muchísima gente, jóvenes en su mayoría, aunque también se podían ver algunos viejos. Entre aquella multitud diversa había muchos homosexuales, afeminados o «locas», como se les denomina en Cuba, y otras personas con tipo de chulos o maleantes; también sacerdotes, testigos de Jehová u otras sectas protestantes con sus vestimentas blancas junto a artistas de cabaret, cantanticos más o menos de moda, mezclados con hombres treintones y cuarentones de aspecto decente. Había además homosexuales, algunos de aspecto co-

mo de «locas tapiñadas»; y otros con aspecto de «locas pellejas».

Entre aquel maremagnum humano se destacaba la loca a la que nombraban la Diana, porque era muy jovencita, tendría unos 15 años, y decían que se parecía a Brigitte Bardot.

Todos los bugarrones querían sentarse en el tren al lado de la Diana, y ya comenzaban a pelearse de antemano por el derecho a poseerla, inclusive los soldados que nos vigilaban le tocaban las tetillas y el culo a la Diana. También algunos soldados se amasaban el sexo, haciéndose caricias para mostrarle a la Diana sus penes erectos.

Durante el largo trayecto que nos conduciría a la provincia de Camagüey, los soldados la cambiaron de vagón varias veces, porque la obligaron a hacer el amor con ellos y a efectuar sexo oral.

Los soldados insultaban constantemente a todo el mundo, menos a la Diana, que lo trataban como si fuera la Brigitte Bardot en persona. A Luisito, que así se llamaba realmente la famosa Diana, también la llamaban la Brigitte, o la Bardot. Los soldados no se ocultaban para pedirles que les succionara el pene: «A ver Brigitte, te toca mamarme la mandarría ahora, que ya sé que se la mamaste al cabo Peña», y así sucesivamente venían a solicitarla: «A ver Bardot, que ahora me toca a mí clavarte», le increpaba hasta el guardia rubio, alto y musculoso que no había dicho una palabra en todo el trayecto. Esto ocurrió cuando llegamos a la Estación de Trenes de Santa Clara, ya como a las 9 de la noche de ese mismo día.

* * *

A las 5 de la madrugada llegamos al pueblo de Minas y nos bajaron a punta de metrallera de los vagones. De allí nos llevaron a un estadio deportivo cercano, perteneciente al Central Lugareño.

A esa hora inmensos reflectores alumbraban la oscuridad,

y las caras de cansancio y fatiga resaltaban monstruosamente al ser iluminadas por la intensa luz.

—Maricones, se jodió la calle —gritó un guardia de la provincia de Oriente—. Se acabaron los paseítos y la mariconería por El Prado —prosiguió mientras le daba un manotazo en el culo a una loca que llamaban La Conejo. Este sobrenombre era debido a que tenía los dientes un tanto sobresalientes.

—Así que te decoloras con agua oxigenada, maricón —le dijo, en lo que le dio otro gazonatón el mismo capitán, que vestía uniforme de campaña.

—Capitán, con la luz ésta no se distinguen bien a los maricones —dijo un cabo, en lo que se le acercaba al capitán con una tablilla llena de listas.

—Todas las que notes pintadas, con el pelo decolorado o las cejas sacadas, vélas separando —aconsejó en tono sarcástico el capitán.

Comenzaron a pasar el reflector por las caras de todo el mundo.

—Éste parece maricón, y éste, y aquel otro de más allá —decían los cabos y sargentos distribuidos por todo el estadio.

—¡Maricones, chernas, champles, abiertas y rajás, es mejor que ustedes mismas se separen ahora, porque, si se hacen enviar junto con los hombres, luego les va a costar caro! A ver si nos facilitan la tarea y ustedes mismas se van poniendo a este lado —prosiguió el capitán, ahora parado encima de unos cajones vacíos.

2. El primer día

Llegamos a la Granja Libertad (cerca del Central Noel Fernández) al mediodía. Me encontraba entre unas trescientas personas, provenientes de distintas partes de la Isla.

El sol brillaba pero el viento era fresco. Tiempo normal en esta época del año en la provincia de Camagüey.

—¿Qué día es hoy —le pregunté a un hombre que estaba a mi lado.

—¡A callar la boca todo el mundo, hijos de puta! —gritó un sargento justo enfrente de nosotros.

Yo estaba muy nervioso y una sensación de dolor en el estómago empeoraba las cosas. Recordé que esto le sucedía a los miembros de mi familia en los momentos de dificultades. Mi madre, mi abuelo y la tía Myriam, sentían la misma sensación cuando se ponían nerviosos.

—Debe de ser el 30 de noviembre —me susurró al oído el hombre que estaba a mi lado.

Habíamos estado viajando toda una noche y parte del día anterior. Me sentía molesto y confuso. Había perdido el sentido del tiempo.

—¡Los más altos, pónganse al final de la línea. Quiero cinco líneas, del frente hacia atrás, de a diez cada una! —el mismo sargento ordenaba ahora.

—Voy a asignar un número a cada uno al pasar lista. No quiero oír voces, ni quiero errores en la formación. ¡De prisa, maricones, escoria! ¡Recuerden que ésta es su última oportunidad para ponerse en regla con la Revolución, hijos de puta!

El sargento comenzó a leer nombres y a asignar números: ... 41, 42, 43, Jorge Ronet. Éste era mi número. Continuó enumerando. Y después:

—¡Todos ustedes son la escoria de la sociedad, gusanos, contrarrevolucionarios, agentes de la CIA, quinta columna del imperialismo, chulos, maricones, ladrones!

Yo era muy joven, como la mayoría de los que estábamos allí. Aunque nos suponíamos algo malo, ninguno de nosotros sabía exactamente que íbamos a ser internados en campos de concentración. Estos campos se conocían, como ya he dicho, bajo las siglas UMAP. Un falso servicio militar especial para los que el Gobierno revolucionario consideraba escoria de la sociedad. *Lumpen* era también la palabra que utilizaban para designarnos.

El sargento dio las últimas órdenes y, finalmente, todo el mundo tuvo que ir a un caserón de madera que estaba en el centro del campo. Allí teníamos que ponernos los uniformes, como les llamaban. Cuando llegamos, vi un gran reloj de pared, marcaba la una y media de la tarde.

El reloj era un *antique*. Las paredes de aquella barraca estaban hechas de palma. El techo también era, como se acostumbraba en los campos de Cuba, de hojas de palma entrelazadas en una estructura de madera. Una mesa rectangular de unos tres metros de largo por tres de ancho tenía encima montones de uniformes. Debajo, docenas de botas negras y marrones, algunas dentro de cajas de cartón.

Un fuerte olor a palmiche invadía todo aquel lugar, así como olor de comida proveniente de una cocina cercana. Todos estos olores se confundían con el olor del sudor humano, de la tela de los pantalones de mezclilla, de los sombreros de guano. Había también un no tan sutil olor a miedo.

Era obvio que este sentimiento general de miedo prevalecía entre los reclutas o prisioneros. Me di cuenta de que esto último es lo que éramos realmente. No cubanos «desviados»

que ayudábamos a los planes agrícolas del Gobierno, sino sencillamente prisioneros. El vocabulario que se usaba era destinado a calmar a los supuestamente preocupados pueblos americanos y europeos. Esto ocurría sólo a noventa millas de las costas de la Florida.

—Que cada cual escoja de sus tallas en camisas, botas y pantalones —nos dijo un soldado gordo. Lo llamaban «Suministro» y se encontraba en medio de todos aquellos paquetes.

Tuve que empujar, pelear y revolver para conseguir mi uniforme completo. Me tomó como una hora conseguir cosas que me fueran más o menos bien en aquella gran confusión.

—¿Todo el mundo cogió su uniforme? —preguntó al fin Suministro.

Todos estábamos sudando a ríos, a causa de la lucha por conseguir nuestra vestimenta y todos estábamos cansados, nerviosos y llenos de preocupaciones.

Me sentía con ganas de llorar y hasta de gritar, pero había que tener paciencia. Tenía 23 años recién cumplidos y en aquella época siempre me vanagloriaba con ingenuidad juvenil de ser un intelectual, un artista y hasta un «existencialista». Ahora aquellos jodidos militares me humillaban de una manera que no hubiese imaginado nunca. Seguí así en mi ensimismamiento por algún tiempo, hasta que, de pronto, tuve una sensación como si los tres días previos a aquel momento hubiesen sido una pesadilla. Traté de convencerme a mí mismo de que aquello no era verdad, de que estaba durmiendo.

Una voz de soldado me sacó de mis pensamientos.

—¡Cuarenta y tres, vístase, y póngase listo para el almuerzo!

Me señalaba con el dedo a la manera de un oficial de servicio mientras se reía. Vi que el soldado era joven, fuerte y bien parecido, con algo en sus gestos y en la manera de mirar fijamente en los ojos a todo el mundo que le daba un aire campesino o guajiro, como se dice en Cuba.

—Esta tarde, inmediatamente después del almuerzo, ha-

brá entrenamiento. Mi nombre es «el Argelino». Así es como me llaman mis compañeros, a causa del entrenamiento especial que me dieron en Argelia. Ustedes también me pueden llamar por este nombre. Les daré instrucción en el arte militar de la marcha durante unas dos semanas. Después estarán listos para la guámpara y para cortar caña... ¿Qué es lo que se creían ustedes? Déjenme decirles que ustedes cortarán caña y recogerán papas, calabazas, malangas, tomates, boniatos y yucas. Van a recoger y plantar todo tipo de legumbres y van a limpiar las hierbas malas con sus propias manos. Esta es una oportunidad que les da el Gobierno para rehabilitarse con la Revolución.

Cuando el Argelino llegó a este punto de su discurso, me pareció que me iba a desmayar. Estaba mareado. Todo mi cuerpo sudaba y los tres días sin haber dormido me hacían sentir como si la tierra estuviese al revés. Mientras tanto el Argelino continuaba su largo discurso:

—Deben darse cuenta de la generosidad de la Revolución cubana.

Ahora el soldado imitaba orgullosamente los gestos y hasta el tono de voz de Fidel Castro. Era muy típico de los militares comunistas cubanos imitar a Fidel Castro. (Claro que mucho peor son algunos americanos y europeos con su prensa libre, sus equipos de reporteros de televisión «objetiva», y aun sus universidades liberales cuando repiten los discursos de Castro diciendo y enseñando cosas maravillosas sobre la Revolución cubana). Respiré a fondo y en esta respiración buscaba una luz espiritual que pudiera venir del infinito, de alguna parte o de ninguna parte del espacio. Jesucristo no parecía ser de mucha ayuda en estos asuntos entre comunistas, americanos, rusos y los hijos de mala madre cubanos.

El soldado todavía no había terminado y añadió:

—Todos ustedes deben estar agradecidos a Fidel, al Che Guevara y a todos los patriotas por haberles dado esta oportunidad de rehabilitarse, y por no haber sido enviados al pare-

dón de fusilamiento como nuestros camaradas chinos hicieron en Shanghai en 1949 con los contrarrevolucionarios como ustedes... —sonrió ampliamente, mostrando un diente de oro y varias muelas del mismo metal. Después de una larga pausa, cuyo vacío fue llenado por los destellos del brillo del oro bajo el fuerte sol tropical, añadió:

—¿Qué suerte tienen, verdad?

Al final del discurso el aire estaba lleno de maldad y porquería. Yo sentía gran angustia y apenas si podía mantenerme en pie. Pensé en mi infancia: mi primer día en la escuela, en 1947, el rostro de Valeriana, la india mejicana que solía llevarme a la escuela, mis hermanos jugando en el patio de casa, el rostro de mi madre cuando me acercaba a ella al volver de la escuela, las salidas los domingos con la familia; el adiós de mi abuela cuando dejé La Habana hacía ya tres días.

Un avión comercial pasaba en lo alto del cielo, probablemente un avión turístico americano. Mi imaginación empezó a subir hasta alcanzarlo: ¡Cuánto me gustaría estar en este avión volando hacia Nueva York! ¡Cómo es posible que los americanos no hagan nada para ayudarnos! No podía entender claramente cómo tantos acontecimientos pudiesen ocurrir en Cuba sin que preocupase al mundo y muy especialmente a los americanos... Siempre había realmente creído en una América democrática y, dolido en lo más profundo, recordé aquel himno «América inmortal» que ingenuamente cantábamos antes en la escuela, que ensalzaba la libertad y la fraternidad de todo el continente americano, de todas sus naciones.

* * *

La campana sonó para señalar la hora del almuerzo. Cogí mi plato metálico y me dispuse a conseguir alguna comida. Echaron en él un puré aguado, sopa de chícharos verdes. Es lo que se suponía que fuese, aunque muchos insectos muertos flotaban en ella. También dieron dos pedazos de calabaza y

un pedazo de yuca o mandioca. Me senté allí en un banco de madera entre los otros prisioneros, comiendo con una cuchara, en lugar de un tenedor, no como me habían enseñado a comer mis padres.

El comedor del campo de concentración no estaba todavía terminado. El de entonces consistía en ocho troncos sosteniendo una tabla de palma, sin paredes, como si fuese un típico restaurante del Country Club, de la alta burguesía cubana. Pero no se trataba de este tipo de restaurante que se había generalizado en la Cuba capitalista, sino más bien de una cantina militar para la esclavización de la raza humana, probablemente una réplica de las del *gulag* soviético o de los campos nazis. Aunque algunos puedan objetar sobre el concepto de simetría entre los sistemas comunistas y fascistas, digan lo que digan, yo sostengo que hay muchas similitudes, tanto en su estructura como en sus métodos de represión.

Empecé a llorar sin poder ya controlarme.

—Vamos hombre, pareces una viuda inconsolable. Come deprisa, nos han dado sólo cinco minutos para tragarnos esta comida. Vamos, no seas tonto, no te dejes caer ahora, esto es sólo el principio, tenemos que sobrevivir a esta mierda —me dijo un prisionero ya mayor que estaba sentado a mi lado.

A duras penas podía ver su cara y oír su voz. Seguía tratando de ayudarme:

—Mira, tengo esta bolsa de plástico, pon ahí los pedazos de calabaza y yuca, te los podrás comer más tarde... ¡Vamos, hay que ir!... Más tarde nos darán café caliente y cigarrillos, te sentirás mejor. Para de llorar, no les dejes saber que eres débil.

(Después, por supuesto, no hubo ni café ni cigarrillos).

Traté de calmarme, aunque era imposible.

—¡Levántense! ¡Manos fuera de los platos! —gritaban ahora los guardias.

* * *

La luz del atardecer cubría todo el campamento. Una cerca electrificada nos rodeaba. Afuera, los pájaros volaban hacia los bosques cercanos a pesar la noche.

El cielo se volvió amarillo y naranja, y sus reflejos doraban los muros de las barracas del campo, coloreando a los prisioneros y a los guardias. El aire se llenaba con el eco distante de los mugidos de los bueyes, el silbido del viento, el piar de miles de pájaros, las voces distantes de las guajiras llamando a sus hijos.

Aquel lugar estaba dominado por la presencia ominosa de un gran retrato de Fidel Castro colgado en la entrada de la barraca de los guardias.

A lo lejos se veían algunas plantaciones de caña de azúcar, platanares, mangos y palmas. Había algo idílico en aquel lugar, pero era sólo apariencia.

En las películas que representaban los campos de concentración en la Alemania nazi, siempre había escenas con fango, nieve, frío. ¿No hubo acaso allí ninguna primavera?

La Paloma Negra, un negro flaco, viejo, feo, con pelo gris, una loca que no se sabía de dónde venía, estaba preparando el fuego con troncos de árbol. Era el cocinero; también un prisionero. Me impresionó la presencia de la Paloma Negra. Siempre que recuerdo —aún años después— este primer día en los campos de la UMAP, es principalmente a través de esta imagen del rostro del cocinero, con su boca sin dientes, y los reflejos del fuego dibujándolo.

Era como un símbolo del horror que me esperaba vivir. Una representación de «lo absoluto».

3. Canciones en la noche

Había un enorme letrero colocado a la entrada. El cartel estaba pintado en colores verde, azul, rojo, marrón y amarillo. Las palabras «Granja Libertad» en azul, sobre fondo verde botella y un sol al costado inferior del cartel con sus rayos muy a lo dibujo de escuela primaria, alumbrando unas montañas o lomerío detrás, con matices de color chocolate tirando a rojizo. Probablemente fue pintado por algún guardia, o algunos de los concentrados allí tres días antes, pues el 26 de noviembre había sido el primer llamado para la UMAP. Yo pertenecía al segundo grupo del llamado.

Dormíamos en hamacas, algunas fabricadas de cordel o de sacos de yute; y uno mismo tenía que prepararlas con unos troncos o palos atravesados.

Por la noche hubo trasiego desde el primer día. Las locas iban de cama en cama a acostarse con los hombres de tipo viril, pues, pese a las advertencias en el estadio de Lugareño, ninguna loca se entregó voluntaria.

Al segundo día, luego de marchas agotadoras, ya empezó a haber castigos como el de «la brujita», que consistía en darle la vuelta a un campo de base-ball que había en las cercanías junto al caserío. Había que ponerse en cuclillas sin llegar al suelo, como agachado, y le hacían caminar al castigado con las manos entrelazadas a la altura de los tobillos y dar la vuelta en esa posición alrededor del campo deportivo. Supongo le

decían así, la Brujita, por el aspecto de brujita de las fábulas nórdicas que tomaba el preso durante la ejecución del castigo.

Al segundo día, en la noche, las locas cantaban a la luz de la luna canciones de moda, y también tradicionales como «Vereda tropical», «María la O» y todo el repertorio zarzuelero, típico de los homosexuales cubanos de todas las épocas. Los soldados las contemplaban extasiados o tirando escupitajos de vez en cuando para demostrar su machismo.

* * *

Yo creo que a mí me llevaron para la UMAP porque, anteriormente a este llamado del Gobierno, ya tenían una ficha mía en la Policía como homosexual. Leí hace poco el famoso libro de memorias de Heinz Heger titulado *Los hombres del triángulo rosa*. Es curiosa la coincidencia casi exacta de lo que él describe con lo que nos ocurrió a nosotros en Cuba. Los nacionalsocialistas alemanes, una vez que ocuparon Austria, convocaron también por correo a Heger y a otros miles de homosexuales vieneses, sin que ellos se imaginaran nada, y se los llevaron al campo de trabajos forzados de Saschenhausen. Los nazis se habían basado en las fichas de todos los homosexuales que existían en las oficinas de la Policía de Viena.

* * *

En aquel batey del Central Noel Fernández, que antes de la Revolución se llamaba Central Senado, ocurrieron cosas horribles. El hecho más siniestro fue el castigo o tortura de que fue objeto Anacleto. Lo tuvieron toda una noche colgado en un pozo. A una loca la pusieron en una cerca y la tuvieron allí tres días y tres noches sin darle comida y la despojaron de su ropa, dejándola en calzoncillos color verde olivo para que

no tuviera protección contra las picaduras de mosquitos, que eran unos mosquitos enormes típicos de la provincia de Camagüey. Recuerdo también el envenenamiento de «la Creolina» con creolina y las auras tiñosas que volaban a su alrededor. Intentos de suicidio hubo muchos. Las locas muy loquitas se tomaban botellas de luz brillante (el producto que servía para el alumbrado de los candiles del campo). Claro que muchas sólo tomaban un poquito, en realidad no tenían realmente ganas de morir, lo hacían para que las sacaran de los trabajos del campo. Otras trataban de ahorcarse. Algunos presos gritaban para que les dieran ayuda, pues los guardias de buena gana los hubiesen dejado morir. Algunos protestábamos y decíamos que no íbamos a trabajar si no atendían a esa persona. Yo era uno de los pocos que protestaban. La mayoría no decía nada porque allá la gente estaba aterrada.

Personalmente lo peor que me ocurrió fue el enamoramiento salvaje del Argelino por mí, mezcla de amor con hijo-putez, del que me libré con sabiduría, porque me hubiese costado alguna maldad grande o hasta un tiro. Pero esto es ya material para otro capítulo. *

Al principio, los presos tenían relaciones sexuales, más o menos secretas, con los cabos, que después supimos que estaban también castigados allá, un poco como los kapos de los campos alemanes nazis. Con los tenientes y jefes de batallón la cosa no empezó a suceder hasta como un año después. A los cabos, cuando los descubrían *in fraganti*, también los castigaban, pero no delante de nosotros. Se los llevaban presos para otro lugar en Camagüey, probablemente a la Seguridad del Estado.

En aquellos primeros meses no hubo ningún intento de terapia psiquiátrica. Entonces la única «filosofía» del Gobierno

* Este capítulo se ha perdido o no lo llegó a escribir Jorge Ronet. (N. de N. A.)

era que el trabajo en el campo curaría la homosexualidad. Es decir que la UMAP era a la vez castigo, cura y rehabilitación. Los mismos militares no sabían muy bien de qué se trataba aquello. Los habían mandado allí sin explicarles mucho. La confusión era enorme, no había un plan lógico.

Con el tiempo se vio que con la UMAP no rehabilitaban a nadie, al contrario. De noche todo el mundo se ponía a hacer de todo. Había grandes romances entre los presos y los guardias. Aquello era un tremendo relajo. Una vez me atreví a comentar todo esto con un jefe de plana del campamento y me dijo lo siguiente, no sé con qué intención:

—Bueno, vamos a ver aquí quién va a 'rehabilitar' a quién. Si no los rehabilitamos a ustedes, son ustedes los que nos van a convertir a la mariconería.

Y así fue al fin.

Los dirigentes allí, en realidad, no tomaban ninguna decisión, vivían, por supuesto, atemorizados por este ser demoníaco que es Fidel Castro. No atinaban a hacer nada para remediar todo aquello porque estaban como hechizados.

No se sabe muy bien de dónde vino esta orden de crear la UMAP. Algunos decían que fue Raúl Castro, otros que el Che Guevara. Después se ha dicho que habían tomado como modelo unos campos similares que había en Bulgaria. Lo cierto es que, cuando me trasladaron al campamento de Laguna Grande, vi que estaba inscrito en el cemento: «Esto fue hecho por orden del Che Guevara». Pero al que pusieron al frente de todo aquello fue a un tal Casillas.

Yo calculo que en la provincia de Camagüey había unos doscientos cincuenta campos de la UMAP, aunque hay gente que dice que hubo más. En cada campo había al menos unas doscientas personas. Es decir, un total de unos cincuenta mil presos trabajando como forzados.

Escogieron la provincia de Camagüey porque es la menos habitada de Cuba, donde estas cosas se veían menos por la gran separación de los pueblos. Camagüey era un poco como

la Siberia cubana, pero una Siberia a veces con un calor terrible. Es además una provincia de tierra llana, de pocos árboles, muy buena para el cultivo de la caña de azúcar, legumbres y hortalizas. El Gobierno quería cultivar aquellas tierras semi-virgenes.

4. Domingo en Belén

Once de la mañana. Era uno de los domingos de mayo. Bien recuerdo la fecha porque el domingo anterior le habían permitido a las madres visitar a sus hijos, por ser el día de fiesta que se les dedica en Cuba.

Estando tan apretujado en el camión no podía pensar bien. Había un sol espléndido. Se les había hecho tarde a los guardias y nos llevaban al borde de la carretera que conduce a la ciudad y a una hermosa finca o quinta de recreo, convertida seguramente en vivienda de los altos mandos del ejército.

Allí íbamos a chapear el césped y arrancar tepe con las manos para embellecer este Campamento de Belén.

Pasamos por donde unas guajiras que lucían muy arregladas. Estaban montando a caballo y los guajiros comenzaban un guateque de guitarras.

El domingo está como para pasear —pensaba en lo que llegamos a la quinta. Allí nos recibió un señor de buen aspecto, que dijo ser el médico, y era quien personalmente nos indicaba cómo arrancar mejor el tepe, por supuesto, sin agacharse. Él sólo daba órdenes y alguna que otra patada.

A las cinco de la tarde regresamos a Belén. Allá arriba, en las lomas monte adentro, había una bodeguita campesina, cruzando la carretera de gravilla. Pero sólo dejaban ir a quienes les daba la gana a los guardias que custodiaban la entrada. Tuve suerte. Ese día me dejaron ir a buscar pan, dulces y unos coquitos dulces. Los presos comenzaban a tocar en cajones, como si fueran tambores, era un toque dominical.

Se oía el eco de la percusión retumbar en las montañas; los negros cantaban «en lengua» a sus dioses, a Oggún guerrero, Obbatalá, Ochosi, Babalú-Ayé y, por supuesto, a Elegguá, que es el que abre los caminos.

Comenzaba a irse la tarde. En la cocina se estaba haciendo un café con leche que era lo único que daban los domingos por la tarde con un pedazo de pan; menos mal que me habían dejado cruzar a la bodeguita.

—¡Mojena, me voy a bañar! —le dije al negrito homosexual con quien siempre conversaba.

—¿Ya lavaste las toallas? —me preguntó.

—Mi mamá me trajo tres el Día de las Madres, así que no tengo que esperar a que se sequen las dos que lavé.

—¡Ay, préstame una!

—Okay, vamos hasta la barraca.

Dentro de la barraca estaba el toque afrocubano encendido. Una loca a la que le decían «la Japonesa» bailaba a todo trapo, estaba descalzo, con una camiseta y un shortcito. Había un coro de bongoceros calentando los cueros, pues yo no sé de dónde los habían sacado, pero habían aparecido dos bongoes.

Recogí las toallas, me desvestí y en calzoncillo me dirigí al patio en dirección a las duchas.

Había poca gente, no estaban repletas como de costumbre. Por suerte había agua, pues otras veces había que estar cargándola en latas.

Oí sonar el gong de la comida. No hice caso, pues ese café con leche aguado con un pedacito de pan no valía la pena. Me continué duchando tranquilamente.

Uno que se estaba duchando frente a mí me dijo:

—¿Tú eres de La Habana, verdad?

—Yo sí, de Marianao; y tú seguro eres oriental, ¿no? —le había reconocido el acento de su provincia. Asintió y continuó enjabonándose.

Se oía el toque *in crescendo*. Ya caía la noche y se veía pasar por la puerta de las barracas a los presos portando botellas de luz brillante con estopas, que eran nuestros candelabros. No había luz eléctrica. Las sombras proyectadas por las llamas se movían produciendo efectos extraños.

El baño se estaba poniendo muy oscuro. Me comencé a secar.

—Oye, oriental, te invito a comer pan con dulce de guayaba y café con leche. Así que no te apures en ir a buscar la mierda aguada que dan en el comedor.

—Bravo, en cuanto termine voy.

—¡Yo estoy en la barraca 3, para el lado de la izquierda; voy a ir preparando las cosas! ¡No dejes de ir! ¡Te veo!

Me puse el calzoncillo y salí de los baños en dirección a la barraca-dormitorio; tropecé con una laja de piedra:

—¡Qué difícil es caminar en este campamento, coño! —me quejé en voz alta.

—¿Qué quería el marqués? —dijo un preso que me oyó.

—No hablé contigo, vete p'al carajo, ¡o es que uno no tiene el derecho de maldecir en voz alta aquí!

—No te metas con el chico —le dijeron otros compañeros—, que el muchacho es buena gente.

—Perdóname, mi hermano, es que aquí uno está remaldecido y la *verdad* que, ¡coño!, no le hagas cráneo a eso, vale.

—No te preocupes, ya pasó.

Me extendió la mano y me dijo si quería un cigarrillo.

Me detuve a conversar y fumar, en lo que hablaba un poco con el grupito.

—¡Caballeros, me voy a vestir, está el mosquito que jode, me están acribillando las piernas!

—¡Usted qué fino es, socito! —me volvió a decir el mismo, tocándome por el hombro en son de bonche.

—¿Qué es lo tuyo? Déjate de eso, que yo no soy pesca facilista. Más vale que me dejes tranquilo, que además ustedes todos tienen una lengua de a metro —le riposté con seriedad.

—Oye, así me gusta, tú sabes...

—Bueno, me voy a vestir, así que te dejo con tu remolino en la cabeza, además que tú sabes que yo tengo aquí lo mío, y si no lo sabes pregúntale al grupo, que ellos te informarán, dicen que «pueblo chiquito, infierno grande». Me fui riéndome.

Pasó Emilio mientras me estaba vistiendo. Lo miré, se acercó.

—¿Me das un cigarro?

—Espérate un segundo; los tengo en el cajón. Aquí está la llave, ábrelo, que estoy ocupado, cógete un paquete.

—¡Chévere!, ¿me vas a regalar uno entero?

Asentí con la cabeza en lo que sostenía el peine con la boca y me trataba de peinar en la penumbra del barracón.

—Oye, aquélla es mi cama —dijo, señalando para la hilera de camas de enfrente—. Te veo como a las once, después del recuento, y espera a que se quede dormido todo el mundo, así es mejor.

Me apretó la mano y me pasó el dedo por la palma al dármele. Se fue.

En eso llegaba el oriental. Lo vi en la penumbra asomarse en el umbral de la puerta del barracón y le grité:

—Oriental, llega.

Se detuvo tratando de encontrarme en la oscuridad.

—Chico, a tu izquierda, camina doce camas y me tienes aquí en mi palco.

—Oye, socito, tengo un hambre de película. ¿Ya preparaste algo de comer?

—En eso estoy, así que siéntate...

—¡Qué bien huele esa colonia!

—Me la mandó mi tía de Miami, ¿quieres un poco? Échate un poquito, no te dé pena.

—Tú eres diferente a los otros; tú estudiabas en La Habana, ¿verdad?

—Sí, en el Teatro Universitario.

—Debe ser bonito eso.

—Pues te diré, es muy hermoso, pero ahora ya ves dónde estamos...

Entró el oficial de guardia y con unos gritos mandó a parar el toque de tambores. Por unos minutos permanecimos en silencio.

—¿Qué dijo?, oí algo de que el que no pertenezca a esta barraca no puede estar aquí —me miró asustado.

En el resplandor que daban las botellas con estopas de luz brillante pude ver su bonita cara, tendría unos diecinueve años, era medio rubio, muy alto y fuerte, y había algo de inocencia en su mirada.

—No hagas caso, eso era para los que estaban en el bonche ése del toque.

Se sentó a mi lado y le puse una tabla en las piernas, para que le sirviera de mesa, y le di un pedazo bien grande de pan con guayaba y un jarro de leche con chocolate.

—¡Mañana a trabajar de nuevo en esos platanales! ¡Qué jodienda!

—No me digas nada, yo estoy en el tepe, que es peor.

—¡Olvidémonos por unas horas de eso, y pensemos que estamos en un café de La Habana —le sugerí.

—Yo nunca he estado en un café de La Habana.

—Bueno, chico; entonces piensa en el presente, que estamos tomándonos un tremendo jarro de chocolate, comiéndonos un pan con guayaba y que de hora en hora Dios mejora. ¿Tú crees en Dios?

—Yo no sé. Nunca he ido a la Iglesia, pero mamá, si nos enfermamos, pone velas a los santos y eso, y reza.

—¡Ah! —le dije mientras mordía un pedazo de la exquisita guayaba. Hubo una pausa—. Tú estás fuertecito —le toqué el muslo—. ¿Tú levantabas pesas?

—Yo no, eso es de trabajar en el campo.

—Pues te sentó mucho.

Se reía con picardía. Y me miró.

—Bueno, ¿y qué? —me miró de nuevo seriamente.

—La verdad que me caíste bien, tú sabes...

—Eso no me lo tienes que decir —se sonreía mirándome ahora con malicia en los ojos.

El domingo pasaba. Un domingo más en los campos de concentración de Castro.

¿Saldré algún día de esto? Mientras... vivamos el momento.

5. El cisne negro

Había estado lloviendo todo el día anterior y toda la mañana de ese día. Sobre las once de la mañana había escampado y salido el sol, aunque a lo lejos se presagiaban nuevos aguaceros. Tronaba y relampagueaba, y allá en la distancia se formaban montañas de nubes.

Distancia que en la mente de todos los presos se convertía en ilusión de anhelos. La distancia era La Habana, a miles de kilómetros. Era la novia, el amigo, la casa, la familia, los Estados Unidos, país que en Cuba, con razón o sin ella, muchos cubanos miran como la esperanza de sus ansias libertarias.

Había metido el pie derecho en un surco lleno de agua muy fría, lo que me hizo salir de mis reflexiones. Allí en el campo de concentración nadie era amigo fiel, mas, como había necesidad de comunicarse, le dije a Mojena, un negrito loco, no muy mala gente:

—Oye, Morita, niña; ¡qué buena está la mañana para estar dándose tragos en la playa de Guanabo con alguien que te guste, tirados en la arena, acariciándose y besándose. Además de la botella de ron y la mujer o el macharrán, tener en el radio a Elena Burke con sus canciones de *feeling*.

—Me haces agua el coco, niño, yo lo que voy a hacer es ponerme un pañuelo por la cabeza y escaparme vestida de mujer. Como no me sale barba y tengo medio cara de jeba, me monto en la ruta de transporte Guarandinga, y nadie se la va a llevar...

—A ver esos maricones, si se dejan de tanto chachareo y

cogen las guámparas y siguen su surquito de plátanos y salen a la otra punta cuanto antes —nos gritaba el cabo.

Nos apresuramos y, cogiendo las guámparas, nos doblamos sobre la hierba y comenzamos a chapear el verde; teníamos las botas enfangadas. La mayoría estornudaba y tosía y, antes de comenzar, ya sentíamos hambre, pues el desayuno de leche aguada con un buchito de café, no alcanzaba ni a mojar la punta de la lengua, y hacía ya muchísimo rato que se nos había pasado.

Me incliné sobre el surco y proseguí, mientras seguían chapeando:

—Oye, mora, sigo pensando en la playa, ¡qué vacilón estar con el friecito que está haciendo, bien acurrucaditos en la playa, tu con tu «jebo» y yo con el mío. ¿De quién te ponemos la música? Del Benny Moré, la orquesta Aragón o Blanca Rosa Gil, quizás la Guillot...

—A mí de Blanca Rosa Gil, y bailar con un macharrán bien lindo, un jabaíto jovencito, así como éste que hace guardia en el campamento, el oriental grandote y pingúo...

—Oye, y ¿cómo tú sabes eso de que es pingúo?

Moviéndose muy zalameramente, haciendo boquitas y dándosela de importante, en lo que daba un *fueté* de ballet, trató de pararse en puntas, luego se agachó imitando el saludo de una bailarina. Desde esa posición ripostó:

—¿Y tú qué crees?

Se parecía al Cisne Negro, dando aletazos. Al estar hablando en esa posición, desde abajo en mi surco, se le veían los dientes por dentro, y la boca parecía la de un tiburón.

—¡Mojena, ahí viene el cabo, ponte derecho!

—A ver qué son esas mariconerías, póngase a chapear, le voy a hacer un reporte—. Mojena, desafiante, no obedeció al cabo. Siguió sin cambiar de posición, con su saludo de bailarina detenido.

—Hazme el reporte que quieras, chico, ¿quién eres tú? ¿Cómo te llamas?

—Soy el cabo José Ramón Ruiz, y soy un hombre serio. ¡Venga acá!

Mojena dejó de hacer las maromas y, poniéndose en posición correcta, se le acercó y le dijo:

—¿Sabe una cosa José Ramón? —y comenzando a conturnarse le cantó: —¡Dale que dale, José Ramón, tú tienes cara de bugarrón!

El cabo apenas podía contenerse de la risa, pero le dijo:

—Deme su número, Mojena, que le voy a hacer un reporte por falta de respeto y desobediencia.

—Mi número es el 47.

Todos se echaron a reír. En el juego de la charada chinocubana, el 47 es el número que corresponde al pájaro, al maricón.

El cabo, que era un campesino de los alrededores de Cienfuegos y que, cuando se ponía nervioso, tartamudeaba, se puso rojo de ira y, desenfundando la pistola, le dio un culatazo por la oreja a Mojena en lo que decía:

—¡Maricón de mierda!

Los borbotes de sangre manaban abundantemente del parietal izquierdo de Mojena. Los presos le alcanzaron varios pañuelos, pero no daban abasto con la sangre. Se desmayó.

—Corran, caballeros, hay que llevarlo para la ciudad, al hospital, llamen al sargento, y apúrense —grité yo mientras que los demás se arremolinaban a su alrededor dejando el trabajo a un lado.

—Estos singaos comunistas, no veo la hora de que los americanos metan un desembarco y nos liberen de estos hijos de puta —dijo entre dientes la Yolanda.

—Dicen que la Reina Isabel de Inglaterra ofreció su yate particular para llevarse de Cuba a los homosexuales que estuvieran en los campos de concentración —añadió la Herminio.

—¡Esto es un invento! En Miami los gusanos se alegran de que Fidel tenga a los maricones en campos de concentración.

Todos son lobos de la misma camada, gusanos y comunistas —dije yo.

—Pero los americanos no los castigan así, ni tampoco los ingleses.

—Bueno, éstos son países que están más adelantados. Pero Inglaterra condenó a Oscar Wilde, será que ahora les remuerde la conciencia —dijo la Albertina.

—Y Virginia Woolf se ahogó en el Támesis, y debe de ser porque le hicieron la vida imposible por lesbiana. ¿Ustedes han leído el *Orlando* de la Woolf? Esa novela es fabulosa, no pueden dejar de leerla —les aseguré dándomelas de culto.

—Pero llamen al cabo, al sargento, a quién sea, que éste se va a desangrar —gritó la Albertina.

—¡Ay, pobrecito! se le van a salir las tripas por la sien —dijo burlescamente un mulato a quien los comunistas lo tenían allí de chivatón.

—Tú lo que eres es una tremenda hijadeputa —salió la Caché en defensa de Mojena. Te vamos a echar un veneno en el café por maricón sucio y rastrero de los comunistas.

—Chica, di lo que tú quieras. Ellos son los que tienen la sartén por el mango, y la van a tener por muchísimos años, así que hay que estar a bien con ellos. Yo no soy tan estúpida como ustedes, soy muy «cairoa» yo, hija de Ochún Colé al fin.

—Tú de quien eres hija es del Diablo, maricón, que ni Ochún Colé ni ningún santo africano puede proteger a ningún comunista.

Se comenzaron a dar golpes la Caché y la Pichilinga, como llamaban a la mulata. La Caché le agarró por la camiseta enaguatada, y de un tirón se la ripió; la mulata le dio una pedrada, con un canto que recogió del suelo. En eso vinieron los guardias y a duras penas las separaron. La Caché se incorporó con la cara sucia de lodo y escupió a un guardia en un ojo.

—¡Llévatelo para el calabozo! —le dijo al cabo José Ramón al soldado Negrín.

La Caché se fue maldiciéndolos. Los presos miraban con odio y resentimiento a los soldados.

—A ver, cojones, ¡a dar guámpara! —increpó el cabo, como si no hubiese pasado nada.

* * *

Esa noche llegamos relativamente temprano al campamento. Coincidían la hora de bañarse con la de comer. Decidí comer primero, pues a veces se terminaba la comida y se tenía que acostar uno con esa hambre. Me bañaré al terminar de comer, pensé para mí mismo.

—¡Ahí está ese chino hijodeputa sirviendo, que siempre me da poquito, coño de su madre!

—¿Qué tal Emilio? —saludé al muchacho que hacía cola en la fila contigua.

Emilio me dijo al oído:

—Oye, socito, esta noche sí que te quiero ver, ya sabes, estoy en la cama 34, no me falles. Esto último lo dijo mientras me tomaba del brazo y me lo apretaba, en ademán de entendimiento.

6. Los mil y un nombres

Al principio, éste era nuestro programa diario: por el día, marchas de 6 a 11 de la mañana, con un receso de media hora para almorzar. El tiempo de descanso entre cada sesión de marcha era de 5 ó 10 minutos a lo sumo. El objetivo era tener bien agotados a todos los concentrados o escoria social, como indistintamente nos llamaban los guardias.

A las 12:00 p.m. se volvía a las sesiones de marcha por el lado del caserío y hasta dos millas más allá del campamento, escoltados por soldados con metralletas descubiertas, más dos instructores en las artes de marchar al paso ruso.

—Cinco minutos de descanso —gritaba el instructor, que parecía sacado de las novelas de Salgari, pues era como mulato-chino, medio regordete y con obvia cara de hijodeputa. Las locas le nombraron «Sakiri, el Malayo», en evocación siniestra de unos episodios de aventuras radiales, en que había un personaje llamado así, que era malvado.

Había una pandilla de bugarrones, arrestados en unos centrales azucareros de la provincia misma de Camagüey, a quienes llamaban los Villalobos. Se la dejaron mamar por casi todos los maricones de la Compañía. Al final comenzaron a trabajar para los guardias y contribuyeron a denunciar a los que eran locas.

Yo, que también había estado con los Villalobos, fui en la «escogida de pájaros», como los guardias llamaron a esta operación.

Encima de todo, las cantatas nocturnas de los maricones a la luz de la luna llena de diciembre sirvieron para ir identificándolos, aparte de los enamoramientos, las sirimbas fingidas o reales para ver si los rebajaban de la obligación de marchar y de recoger calabazas o cortar leña en el monte, ya que se cocinaba con leña. Se alternaban las marchas con la recogida de calabazas en los montes cercanos y las lecturas del periódico *Granma*, órgano oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, donde se leía en voz alta lo mismo sobre los vietnamitas bombardeados con napalm que sobre la futura llegada a La Habana de «la Platanitos», Josephine Baker, para congratular a Fidel Castro. Los concentrados maldecían el no poder ir a ver la Baker. Las locas hablaban de escaparse por unas horas cuando viniera la Baker a cantarle a los macheteros de la provincia de Camagüey. Pero sobre todo, los instructores leían en alta voz las noticias sobre el Vietnam. No parecía que hubiese otra cosa en el mundo; que cuántas bombas habían dejado caer los americanos en el Vietnam, que si los vietnamitas habían matado tantos americanos, que si les ponían en jaulas de tigres para joderlos.

Una mañana de diciembre, cerca del período pascual, decidieron trasladar a los homosexuales para otro campo de concentración. Esa mañana no fuimos a recoger calabazas, que ya para esa época nos encontrábamos cumpliendo de pleno lo pronosticado por el Argelino.

Después del desayuno, que era a las 5:30 a.m., nos quedamos en el campamento haciendo «guardia vieja». Esta consistía en recoger con las manos las colillas de cigarros y toda otra basurilla por el interior del campamento, granja o campo de concentración, que de las tres formas le llamábamos los detenidos.

Justo a la hora del almuerzo llegaron varios camiones militares de fabricación rusa (los que siempre usaban y usan para el ejército en Cuba). Nos llamaron los guardias a formar y se nos ordenó recoger las jabas con nuestras pertenencias. Las

pertenencias consistían en nuestro cepillo de dientes, un pedazo de jabón ruso, 2 camisas de mezclilla, 2 pantalones azules de mezclilla también, un sombrero de yarey y alguna que otra libra de azúcar prieta, comprada en una bodeguita cercana.

Los testigos de Jehová estaban castigados en el fondo del campamento y eran enemigos acérrimos de los homosexuales, aunque éstos últimos eran los únicos que los alimentaban a escondidas. Los testigos de Jehová decían todo el tiempo que a los homosexuales les esperaban calderas de aceite hirviendo en el Infierno y que, si los alimentábamos, era por bajas pasiones, esperando la ocasión de ver si los ligábamos en un futuro.

* * *

Antes de las 11 a.m. ya estábamos todos rumbo al nuevo campo de la UMAP.

Por las guardarrayas de tierra roja iban tres camiones militares llenos de locas. Allí iban la Conejo, la Creolina, la Albertina, Pepe la Yegua, la Luisa, la Herminio, la Jabá Canguro, la Juana Picadillo, la Juana Veneno, la Etiqueta del Iodo, la Comandanta Rufina (a quien también llamaban Rufina, la Hijaeputa); iban la Pachanga, la Gallega, Diana la Bardot, la Emperatriz Soraya, una Flor en la Papaya; iban la Farah Diba, la Begún, la Rita Hayworth, la María Félix número 2, la Pestífera, Cuca la muerta de hambre, la Yolanda, la Obbá; iban la Caderúa, la Singá, la Malanga, la Zarzamora, la Mora del Brillante, la Muñeca de Bronce, la Macorina, la que bajó coronada del cielo, la Vieja Magüí, la Planchá, la Caché, la Tuberculosa, la Cangrejo Moro; iban Perla la Blanca y Perla la Negra, la Estela Warner, la Japonesa, la China, la Gitana, la Catalana, la Isleña, la Alemana, la Francesa, la Gata Sucia, y la Gata Blanca, la Glú-Glú, la Tongolele, la Tigresa, la Pantera, la Leona, la Pelona, la Escacarañada, la Quemá, la Monga, la Sietemesinos, la Jorobada; y la Esmeralda, la Pesá,

la Yegua Triste, la Yegua Zopenca, la Mula Colorá, el Coche-ro de Drácula, la Tísica, la Encartoná, la Tibor, la Boca de Pomo, la Botella de Orange Crush, la Cucarachona, la Salá, la Pichilinga, la Borracha, la Judía, la Manchá, Susana la Su-cia, la Reverbero, la Juana Salación, la Ladrona, la Ají Gua-guao, la Ronca, la Mocha, la Coja Hijaeputa, la Coja Negra, la Coja Buena, la Manflorita (porque decían era hermafrodi-ta), la Gallina Raposa, la Caraira Ahíta, la Aura Tiñosa, la Malaliento, la Surrupia, la Cochambrosa, la Peste a Pata; y la Apestosa, la Caballo Asustado, la Espantosa, la Fantasmona, la Horrible, Cucona la Hijaeputa, la Asesina, la Matahombre, la Masarreal, la Incalculable, la Isabel de Bobadilla, la Cris-tóbal Colón, la Culo Picao, la Serpiente Dañina, la siete Len-guas, la Apetebiza, la Carnero Degollado, la Verónica, la Je-suita, la Paloma Negra... también iba yo, a quien llamaban la Abogada.

7. Pasa la gran marquesa

Meses más tarde ya no daban ropa, no había zapatos, ha-bía cantidad de gente descalza. Entonces Fidel Castro, en uno de esos alardes típicos de él, fue a inspeccionar aquellos cam-pos. Una tarde que estábamos trabajando, creo que arrancan-do hierba con las manos o algo así, pasó. Eran como las cinco de la tarde, Vimos venir una caravana de jeeps y, detrás, muy curiosamente, venían dos rastras llenas de pollos. Parece que él comía mucho pollo, no sé... Entonces hubo mucha gente que empezó a gritar cosas, pero cosas en contra de él, por supues-to. Como siempre, él nunca se acerca a la gente, si no lo están retratando. Pasó con su jeep como una gran marquesa, miran-do altivo a los esclavos.

En los primeros tiempos de la Revolución, Fidel Castro se acercaba al pueblo, pero en aquellos tiempos (1966) ya no. Mucho menos a la gente de la UMAP, a quien él consideraba los apestados de la sociedad, al igual que a la gente que man-dó por el Mariel... Él consideraba que nosotros éramos la es-coria del mundo, porque a él le gusta ponerle carteles a la gente... y, como tiene el espíritu de una gran marquesa, así pasó, como la gran marquesa que se cree que es.

Venía acompañado con gente del Gobierno, pues él nunca anda solo. No pudimos identificarlos. Pasaron así, lejos, como en la época del imperio islámico.

Las cercas en los primeros días, como he dicho, estuvieron electrificadas. Luego parece que hubo una protesta internacio-nal, y a veces quitaban la electricidad de día y de noche la

ponían. No era una cosa regular. Además, ellos, en cualquier caso, se encargaban de decir que las cercas tenían electricidad. O sea, que tú no sabías en qué momento la ponían o la quitaban. Fue después de la visita de Fidel Castro, como gesto magnánimo, cuando nos bajaron la altura de la cerca. Al principio tenían 14 alambres de púas y, a partir de aquel momento, las pusieron de siete. La comida, en cambio, nunca mejoró, siempre se pasaba bastante hambre.

En esta segunda fase de la UMAP, permitieron visitas de los familiares. En estas visitas nadie protestaba. Ni los familiares ni nadie en Cuba puede protestar; ellos estaban tan aterrados como los que estábamos allá adentro. Todos viven en un régimen de terror desde 1959. Nadie se expresa ni puede expresarse. De lo que tenían miedo los familiares era de que los dejaran dentro de la cerca también. Además, la gente no tenía energía, con el cansancio que traían de La Habana, de Pinar del Río, de muy lejos para ver a sus hijos. Los encuentros eran muy típicos de la familia cubana, con mucho llanto y muchos lamentos.

Las entrevistas tenían lugar en la parte de afuera de la cerca. Nos dejaban allí en bancos, sentados con la familia. Había guardias con ametralladoras vigilándonos, por supuesto, para que nadie se fuera a escapar.

8. Llegaron los siquiатras

En febrero y marzo de 1966 el Gobierno de Cuba convocó en La Habana un Congreso de Médicos Siquiatras, con el objetivo de analizar la forma en que la homosexualidad podía ser combatida o eliminada en el ser humano.

Vinieron siquiатras comunistas de Francia, Inglaterra, Unión Soviética, Alemania, México, Argentina, Bulgaria, Chile, Italia.

Una siquiатra francesa recomendaba operaciones en los nervios de la médula espinal y en el área anal, una especie de mutilación neuronal para evitar el placer sexual anal. Su teoría, publicada a bombo y platillo en el *Granma* (Órgano del Comité Central del Partido Comunista de Cuba), causó la indignación de los viejos médicos siquiатras cubanos. Hay que reconocer que éstos protestaron diciendo que ésas eran técnicas nazis y que la homosexualidad no era enfermedad alguna, ni había nada con qué combatirla, que era una preferencia sexual.

Estando yo entonces en el campo de Laguna Grande, que era solamente para homosexuales, llegaron los siquiатras extranjeros con sus traductores y nos obligaron a inyectarnos una sustancia desconocida en las venas, y pasaban unos papeles en los que se nos decía que, si los firmábamos para los experimentos, luego nos daban la libertad. Nadie los firmó, por supuesto. Yo me robé uno de los documentos y me las agencé para enviarlos a Chile (antes de Allende) donde se publicaron en el diario *El Mercurio*. Se lo envié a un amigo

simpatizante comunista en aquella época, pintor chileno, pero, como homosexual bien definido, ya no le han quedado más ganas de experimentar con el comunismo.

* * *

Un día, al borde de la locura, le di un piñazo a un guardia y lo amenacé con cortarle la cabeza con un machete, lo que me costó, afortunadamente, como explicaré después, que me trasladaran para otro campo de concentración en las cercanías entre Ciego de Ávila y Morón, al lado del Central Pina.

Allí me enredé otra vez a golpes con el comandante, que me rompió la ropa, por lo que me volvieron a trasladar, esta vez junto con los hombres no homosexuales, que era lo que yo andaba buscando intencionadamente.

Tenía dos razones: una de ellas, para, caso de que se llevaran a cabo los experimentos médicos, no encontrarme entre los homosexuales y, otra, para poder acostarme con quienes me gustaban; ya que no me atraían las otras locas.

Los guardias me llamaban la Doctora y también la Abogada porque yo argüía mucho.

Todos eran medio analfabetos y olvidaban constantemente las instrucciones que recibían del Estado Mayor, dadas probablemente por otros medio analfabetos también.

Ya he dicho que acabaron acostándose con los presos y llegaron a tener grandes romances. Mas, en medio de aquella confusión y desorientación, maldecían a los homosexuales, los amenazaban, les pegaban, les castigaban.

La represión es muy importante en estas sociedades punitivas, ya que allí se castiga a todo el mundo fuera y dentro de las prisiones. Las sociedades comunistas están basadas en el castigo y el premio. Son sociedades enfermas, sadomasoquistas, llenas de envidia, resentimiento, frustración, miseria, terror, represión sexual, inmoralidad, tolerancia a todo lo corrupto, con una moral hipócrita al estilo «no se puede, pero se

hace». O sea, en una sociedad como la existente en Cuba, se martirizan los seres humanos unos a otros, se matan, golpean, se pasa hambre y se roba y se fornicaba, pero al mismo tiempo se niega todo ello constantemente a los ojos de los mismos martirizados y sobre todo a los ojos del exterior.

Yo traté de escapar cuatro veces. La cuarta fue cuando lo logré. Las otras veces siempre me atraparon porque las carreteras y los campos estaban patrullados. Había por allí montones de lo que ellos llamaban Milicias Campesinas. Además, alguna gente del lugar que apoyaba al Gobierno, si te descubría, te denunciaba y entregaba. La cuarta vez sí logré escaparme porque me ayudó un militar con quien me había acostado en el campamento. Me ayudó porque yo le sabía demasiado. Al llegar a La Habana me escondí, pero no por mucho tiempo, porque, ya por el año 1968, se disolvieron las UMAP por protesta que hubo fuera de Cuba. Dicen que hubo peticiones de gente como Jean-Paul Sartre, Giangiacomo Feltrinelli, Arnold Wesker. Entonces se dijo que Raúl Castro perdonaba a toda la gente que se había escapado de la UMAP.

Las UMAP empezaron a finales de noviembre de 1965 y oficialmente se clausuraron en septiembre de 1968, pero yo no vi el final porque, como he relatado, me escapé antes. He hablado años más tarde con otros ex presos que me aseguran que, a pesar de la orden oficial, muchos campos de la UMAP continuaron hasta 1969.

Yo me pude ir al fin de Cuba en 1971. Tuve suerte, porque en aquel mismo año volvieron a llevarse a presos a los que observaban una «conducta impropia». Los internaron en otros campos de trabajo agrícola, muy semejantes a los de la UMAP, por lo que me han contado, aunque los nombraron de distinta manera, creo que Campos de Rehabilitación. Estas redadas de los «antisociales» en 1971 fueron el resultado de un célebre Congreso de Educación y Cultura, una especie de Revolución Cultural, de inspiración vagamente maoísta en versión criolla.

No creo que nada haya cambiado realmente en Cuba. Allí nunca nada mejora. Allá lo que hay son variaciones sobre el mismo tema.

Parece ser que los poderes absolutistas tienen que focalizar las tensiones internas en un odio a una minoría. Los Reyes Católicos persiguieron y expulsaron a los moriscos y los judíos en España de después de la Reconquista. Catalina de Médicis ordenó la matanza de los protestantes hugonotes en la Francia del siglo XVII. En nuestro siglo sucede el genocidio de los armenios en Turquía y de los judíos en Alemania. Jean-Paul Sartre le dijo a Heberto Padilla: «*A Cuba il n'y a pas de juifs mais il y a des homosexuels*». Yo creo que el régimen de Castro se ensañó con nosotros porque pensó que éramos un grupo vulnerable de fácil motivo de burla, el grupo minoritario más fácil de subyugar...

Pero se equivocó.

SEGUNDA PARTE

9. De la rosa, la camelia y la aurora

Desperté en la zanja que habían dejado las carretas. Allí, en el fondo, podía protegerme de los jejenes y mosquitos, que en este campo camagüeyano parecían entrenados a propósito por el ensañamiento con que picaban. En los tres días que llevaba prófugo, no me había atrevido a enfrentar la realidad en que me hallaba.

Los grillos y las chicharras eran mis amigos de la noche: al mismo tiempo que me atormentaban, me hacían compañía.

Me había afeitado mojando la brocha en un charco de agua, ayudándome con el espejito que mi hermano me dio cuando me llevaron para los campos de concentración.

Había estado soñando en La Habana, con mi familia, mis amigos, ahora que era de noche estarían en la terraza de «El Carmelo», disfrutando de una tertulia literaria con unas tazas de chocolate... Bueno, con los que quedaran, pues otros también se los habían llevado para los campos.

Pasó un haitiano, me escondí detrás de un plantón de caña; por entre las hojas pude ver aproximarse su figura de negro viejo. Observé sus ojos, que se me antojaron vidriosos, quizá por estar acostumbrados a la excesiva soledad de la vida campesina; luego de un ratico lo vi alejarse con su matul al hombro y perderse al doblar la curva de la guardarraya. Unos toties estaban posados en la cerca de una casita cercana, y más allá se divisaba alguna ropa tendida, enseguida una idea tomó cuerpo en mi mente... Acercándome a la tendedera,

de un tirón me posesioné de los pantalones; «ahora falta que me sirvan», pensé. Echándoles una rápida ojeada me di cuenta de que sí. Me encaminé hacia un marabuzal cercano, para no volver al campo de caña. Me deshice rápidamente de los pantalones de presidiario, los introduje en el mismítico medio de una mata de aromas. «¡Aquí nadie se va a meter a buscarlos!», dije para mí en un murmullo. La camiseta enguatada aún me delataba, pese al bordado que la María Félix le había hecho para disimular, si por fin me decidía a escapar.

Ya las manos se me estaban curando en los tres días que llevaba fugitivo, y mi cuerpo se sentía muy bien al no tener que estar guataqueando, arando, arrancando yerba con las manos y cortando caña de sol a sol, y sobre todo me sentía muy feliz de estar libre de los insultos y maltratos diarios de los guardias.

«¡Tengo un hambre de película», me dije. «Tengo que inventar a ver cómo compro o pido comida a alguien.» Ya estaba cansado de comer caña de azúcar. Las tres laticas de sardinas y los panes que me había agenciado de la cocina del Suministro en el campamento, ya me los había comido.

Uno de los motivos que estimulaban mis deseos de acabar yéndome de Cuba era que varios de los mismos presos me buscaron la noche en que me escapé. ¡Verdad que la condición humana es así! Pasaban con antorchas y machetes, pero por afuerita del manglar; no se querían mojar ni que los mosquitos los picaran. «¡Cobardes y chicharrones!, pensé. «Algún día llegaré a Nueva York y seré libre.» Eso era lo que más fuerzas me daba para seguir adelante y luchar.

El intenso sol camagüeyano me envolvió completamente. Serían como las ocho de la mañana. Me sentí joven y con muchas ansias de vivir. «Me están robando mis 23 años, éstos nunca los volveré a tener, se están saliendo con la suya...» Me sentía rabioso a causa de ello.

* * *

«Si pudiera robarme una lancha y tratar de llegar a Jamaica desde Guayabal o Manzanillo. Si logro llegar a la cayería de los Jardines de la Reina, ahí quizá pase algún barco americano de los que se dirigen hacia la Base Naval norteamericana de de Guantánamo y me lleven para allá o hacia Puerto Rico.»

Para despejarme un poco de las ideas descabelladas que me atormentaban y obsesionaban, respiré profundamente. ¡Qué bello es el campo cubano! ¡Qué sensación tan intensa de plenitud de vida sentía a pesar de mi situación! Pasaban carretas de caña repletas hasta el tope, pasaban muchos campesinos, pues era época de molienda en el Central. Unos perritos chuchos ladraban al paso de las carretas y una «chispa», o tren de vía estrecha, se acercaba llena de obreros, perdiéndose luego en la distancia, en dirección al Central. Algunos obreros saludaban, a pesar de no conocerlo a uno.

Arriesgándome, me decidí a entrar en la bodega de aquel caserío. Se encontraba justamente a la orilla de la carretera que corría paralelamente a la línea del tren.

El campamento donde había estado prisionero se hallaba cerca del Central Macareño, situado en el extremo opuesto de donde me encontraba ahora. Nunca antes había pasado por estos lugares.

En mi fuga descubría un paisaje antes completamente ignorado por mí; todo aquello era totalmente nuevo y aunque me hallaba en una situación emocional caótica, me sentía muy excitado ante aquel mundo que me rodeaba.

Volví a hacerse presente el bello paisaje matinal, pero en el fondo de mi mente una obsesión me atormentaba: «Será mejor que trate de llegar cuanto antes a la Base Naval americana y, una vez allí... Nueva York, Miami, el mundo libre.» Me remontaba en mis ilusiones y sueños de libertad... «Trataré de nadar, nado de lo más bien, aunque dicen que el paso está infestado de tiburones y que los guardacostas cubanos tiran a matar, que tienen órdenes de matar, de no dejar vivo a

nadie que trate de huir, y la verdad es que quiero vivir, para poder realizarme en libertad, plenamente, no darles el gusto a los comunistas de quedar en el camino...»

* * *

El bodeguero había terminado ya de despachar a los clientes que estaban antes que yo y me interrumpía con su voz que me hacía volver de mi ensimismamiento.

—¿Le puedo atender? ¿Qué desea? —preguntó con su servicial modo, de la misma manera con que le había visto atender a sus clientes quienes, por supuesto, le eran conocidos.

—Deme una lata de dulce de coco y media libra de pan —le respondí.

—Aquí tiene —me despachaba con prontitud y agilidad.

—¿Cuánto le debo?

—A ver, 45 centavos por la lata de coco y ocho centavos por la media libra de pan, son 53 centavos en total.

—Aquí está. ¡Muchísimas gracias y pase usted buenos días

—¡Gracias a usted! ¡Buenos días! —me respondió con una sonrisa de amabilidad.

Mientras bajaba los escaloncitos de la bodeguita para continuar mi caminata, me preguntaba: «Este bodeguero espero no sea un chivatón, la verdad es que la bodega parece propia, de las que aún no están intervenidas por el Gobierno a causa de la poca mercancía que pude observar en ella. Si fuera del Gobierno, estaría un poco más surtidita, pero el Gobierno, si no le da mercancía, es que éste debe de ser gusano, casi seguro, o al menos no será de los comecandelas, eso espero.» Reflexioné por unos segundos, luego encaminándome hacia una lomita, me dije: «¡Que sea lo que Dios quiera!»

Me senté a la sombra de un tamarindo, a prepararme mi pan con dulce de coco. Mientras lo comía, pasó una señora, y me dijo:

—¿Quiere un poco de café con leche? Mire, yo vivo allí, tengo dos vacas, así que no le dé pena, que puedo brindárselo sin que me afecte, cómodamente...

—Está bien, señora, lo acepto con muchísimo gusto, es usted muy amable, pero ahora quiero descansar un ratito a la sombra de este árbol, pues vengo caminando desde el 35 y estoy bien cansado, y la verdad es que hace un fresquito tan rico...

—No deje de llegarse, que más tarde pasa Luis, un carretero amigo mío. Usted seguro va p'al Central, ¿no?

Asentí con la cabeza, mientras continuaba masticando.

—Le pediré a él que le haga el favor y le dé un lugar en su carreta; él seguro lo hará, porque es muy amigo de la casa, imagínese que lo conozco desde que me casé y vine a vivir para acá, ahora ya soy viuda. Bueno, hijo, no dejes de ir, sabes... te espero.

Me quedé embelesado con la brisita fresquita bajo el tamarindo, me sudaba la frente y tuve un sueño: un rey me protegía, era como un rey mago, echando unos polvillos mágicos, ¡zam!, desaparecían los perseguidores y se convertían en piedra. Era como en aquellos cuentos de niño. Cuando llovía, mi mamá nos hacía estos cuentos a mi hermano y a mí. Una hormiga que me picaba me hizo volver del sueño: bajándome el calcetín la atrapé, era roja, una de las especies más dañinas de las hormigas bravas. La destripé con las uñas.

Pasé mis dedos por las heridas de la pierna (arañazos, ramalazos); las limpié con saliva.

* * *

Un profundo olor a mangos y a plátanos me embriagaba, más el olor a sofrito que salía de una cocina cercana. Esto provocó en mí un sentimiento de nostalgia de la familia. A esta hora estaría Mima en la cocina de la casa, la casa estaría a medio limpiar, y Elvirita, la niñita de la vecina, entraría co-

miendo alguna friturita sostenida con un pedacito de papel de cartucho para no quemarse, y preguntaría por mí.

Inadvertidamente pisé un mango, lo ví, primero rajarse la piel mostrando el amarillo de la pulpa; luego contemplé cómo mi bota era rociada con su jugo. De una radio cercana provenían las voces de una novela: «'Rambar, el Rey ha mandado a uno de sus mensajeros a buscarte.' La fiel y noble sirvienta se le acercó. 'Carlos siempre tratando de humillarme, Dios bien sabe que Bruce es el hombre de mis sueños'», suspiraba y ahora declamaba la actriz radial: «¿Conoces tú, querida Mery, lo que es sentirse totalmente hechizada por un hombre? Cuando Bruce llega es como si mil soles iluminaran mi corazón al unísono. ¡Oh!, es como si todos los dioses del Universo estuviesen reunidos en su ser. Cuando Bruce camina...»

Salté de la loma a la carretera, se oyó un alarido radial y ya no pude oír más. Casi me tuerzo un tobillo, me sacudí la ropa y traté de estirla, arranqué un hilillo de la camisa y empecé a limpiarme entre los dientes los restos dejados por los mangos que me había comido.

Mientras llamaba a la puerta de la casa de doña Rosa, contemplaba la hermosa enredadera de cundiamores, entretejidas con picualas. Su color naranja era como un hermoso grito a la mañana. Sí, parecían gritar a todo pulmón: ¡Somos la vida!, como Negrete cuando cantaba: «Abrir todo el pecho p'a echar este grito: ¡Qué lindo es Jalisco, palabra de honor!». Este pensamiento me trajo otro, me acordé de Valeriana, la señora mejicana, vecina de mi casa, que fue la primera en llevarme a la escuela y me enseñó el amor por las flores, pues ella las recogía desde niña muy de mañana, allá en Gualajara: «Ustedes deben aprender a amar también las flores», y, al dejarnos todas las mañanas en la escuela, se despedía con lágrimas de nosotros, con un ramo en las manos.

Continué llamando a la puerta, ahora fuertemente, con los nudillos. En la radio podía escucharse una canción muy de moda entonces, de Luisa María Güell:

*Yo me siento que soy, soy
Como un ave sin rumbo,
Que ha perdido su luz,
Como tú, como tú...*

Un fuerte olor a «paraíso» y agua de colonia provenía del interior de la humilde casita. Rosa se encontraba lavando en el patio y me gritó:

—¡Arrempuja la puerta, que estoy dándole un ojito a estas piececitas, enseguidita estoy contigo!

Entré, y mientras me acomodaba en un taburete, encendí un cigarrillo marca Aromas, que eran suaves.

Me sentí inmensamente aliviado al entrar a un hogar, casi tenía olvidado ya que existían casas en este planeta.

Vino un gato y se enroscó junto a mí. Por el patio revoloteaban las gallinas; el sol se encontraba en su cenit. Se sentía esa humedad ligada al calor, característica de los trópicos; un moscón dio varias vueltas por encima de la mesa, luego levantó el vuelo. En eso entró doña Rosa, secándose las manos en el delantal!

—Ya tendí las piececitas —resolló mientras se sentaba en un sillón.

—Ahoritica te voy a dar café con leche, por el momento déjame respirar.

Era algo gordita y más bien alta, vestía una saya estampada combinada con una blusa bordada con sus iniciales en negro y oro.

—Ah, ¡qué blusa tan chula, señora! —le dije en tanto encendía otro cigarrillo.

—¡Ay, muchas gracias!, yo mismítica la bordé. Me dedico a estas cosas, mi hijo —y después de una pausa—: Tengo dos varones en el Ejército que no paran aquí, como es de suponer, y la hembra vive en Guayabal. Desde que se me casó, me paso el día sola, a veces ella viene a visitarme por la tardecita, pero no siempre, y los varones los veo de Pascuas a San Juan... Mi

esposo murió, ya va en seis meses, murió de neumonía. ¡Ay, hijo!, lo que yo pasé: a las tres de la madrugada fue que se me agravó, imagínate a esa hora no aparecía ningún transporte. Murió al llegar al Central. Al fin, como a las cuatro de la madrugada fue que pasó la chispa, ya te podrás imaginar el inmenso trabajo que pasé para poder cargarlo cuneta abajo, di tú que los tres hombres que venían en la chispa me ayudaron cuando me oyeron pidiendo socorro. ¡Ay, Virgen Santa, Yemayá, ayúdame! —Rosa se enjugó las lágrimas—. ¡Cómo sufrí, tú no lo sabes, muchacho! Ese moscón —dijo cambiando el tono— me tiene loca, desde que amaneció está dando vueltas: primero se posó en la mesa, luego en la mismítica puerta de entrada, y así ha estado con ese frenesí toda la mañana. Gracias a eso sabía que iba a recibir visita desconocida... Soy espiritista, ¿sabes?

—Me lo imaginé, tiene un no sé qué en la mirada —le respondí sonriéndole con afecto.

—¡Tú lo ves!, ¿verdad? —se rió, con una risa plena—. ¡Ay!, hijo, ya hacía tiempo que no me reía. Tú tienes algo especial que la hace sentirse feliz a una.

—¿Usted cree? ¡Con todos los problemas que llevo encima!

—Eso no importa —decía mientras limpiaba los cristales de sus lentes—. Yo sé bien lo que estás pasando, recuerda que soy espiritista, y de las de verdad, no para especular. Ya lograrás lo que tú quieres, pero no por ahora, todavía deberás esperar algunos años para ese viaje que yo sé que tú estás loco por dar. Tu mamá llora mucho por ti, pero ya le vendrán tiempos más felices... ¡Ay, qué humedad tan molesta!, ¿verdad? —dijo limpiando de nuevo los cristales, frotando con mayor intensidad, pues se le empañaban constantemente; se limpiaba además el sudor de la frente con el delantal.

—¡No me diga nada, me tiene de lo más molesto a mí también!

—Y yo que padezco de reuma y artritis, imagínate cómo me siento cuando llega este tiempo.

—Luego mejora, ¿no?

—Luego lo que va es a llover, no ves aquellas nubes lejos, allá en vuelta de Guayabal. De un poquito más lejos es que vengo yo. Soy de Manzanillo pero, cuando me casé con el difunto, vine a vivir para acá, y desde entonces he vivido toítica mi vida acá. Mi marido, ¡Dios lo tenga en la gloria!, era de aquí. Yo lo extraño muchísimo, en los años que tengo, casi nunca nos habíamos separado, sabes...

—¿Se casó muy joven? —inquirí.

—A los 16 años —respondió con un dejo de nostalgia en la voz.

—Y él fue mi primer y único hombre —agregó—. Nos queríamos mucho, nunca tuvimos ni un sí ni un no. Me acuerdo del día que lo conocí, yo estaba en el portal con un vestido de piqué, que me había estrenado esa tarde. Fue allá en Manzanillo... Bueno, ¡voy a colar el café! —dijo mientras se incorporaba, un poco trabajosamente, pues parece que la pierna le dolía, y agregó—: ¡Recordar tanto no es bueno! ¡Ay, la vida! —su figura se perdió en la puerta que daba a la cocina.

Pasaba un guajiro a caballo. Era alto, joven, muy buen mozo, aunque descubrí en su mirada algo de que desconfiar.

—¡Buen día, Ña Rosa —le dijo mientras se quitaba el sombrero, en señal de saludo.

—¡Buen día! —contestó ella, asomando su cabeza por la ventanita de la cocina, de ésas que se sostienen con un travesaño. ¿Cómo sigue Cuca?, que sé que estaba mala de las muelas, con dolores —gritó.

—Fue p'al Central Francisco a verse con el dentista.

—Hasta luego —espoleó el caballo y se alejó.

Pasó un rato, al final del cual volvió Rosa con sendas tazas de café con leche:

—¿Oíste a ese que pasó? Ahí donde lo ves, tan bien parecido y elegante, no es buena gente. Era peón de la finca de Amalia, una prima hermana mía. Ahora es administrador de varias fincas nacionalizadas de esta zona, y ha echado p'alan-

te a innumerable cantidad de gente. El muy desmadrao tiene un cementerio particular. A su mujer, Matildita, le dicen Cucca. La vi nacer, es buena, pero sin carácter, él hace de ella lo que se le antoja.

—Por la ventana que daba al jardín vi venir a una mujer alta con un pañuelo de colorines en la cabeza.

—Unos instantes después, llamaban a la puerta.

—Adelante, la puerta está abierta —dijo doña Rosa, en lo que se ponía su dedo índice en la boca, haciéndome un gesto de entendimiento para que no fuera a hablar nada que fuera comprometedor.

—¡Ay, doña Rosa, perdone que la moleste, los soldados andan buscando a un preso que se escapó de la Modesta.

—¿Qué presos, niña? ¿De qué hablas?

—Esa gente que han traído de La Habana, dicen que son malos, que son enemigos del pueblo, y nos dijeron a las mujeres que tengamos mucho cuidado con ellos, que violan y roban —decía mientras hacía un mohín de desagrado con la boca y proseguía—: Ya en La Gloria fusilaron a uno, un desgraciado que quiso matar a un compañero del ejército, a uno de los guardianes, que lo estaban tratando de rehabilitar y meter en el camino de la Revolución, yo le digo doña Rosa, que esos son unos bandoleros de mala calaña... A ése le decían Elegguá, y parece que era un negrón alto de La Habana... —Rosa permaneció en silencio, sin expresar ni una sola palabra.

Yo, que conocí a Elegguá, sabía bien lo de la falsa y malintencionada versión del ejército. La verdadera historia es que lo fusilaron porque era un rebelde que no toleraba la mentira y el comunismo; pero me contuve y me encogí de hombros.

—¿El joven es familia suya, Rosa?

—Es casi como si fuera. Es hijo de una buena amiga de Santa Clara, está un poco mal de los nervios, es espiritual la cosa, y ella me lo mandó a que se pase unos días, a ver si lo ayudo a curarse.

—Es muy bien parecido —sonrió picarescamente Adelai-

da, destacándosele un casquillo de oro en sus muelas de arriba.

Tenía la nariz un poco de cotorra, también me fijé que, en cambio, tenía bonitas piernas y bonito pecho.

—Ay, Rosa, ¿puedo hablar? yo venía porque...

—Bueno, hija, si es espiritual, habla —la calmó doña Rosa, pues se la veía atormentada de repente.

—Pero mira, mejor pasa p'al cuarto, donde tengo el altar a Yemayá, santíguate y besa el piso con la mano, es decir, béstate primero la mano, en el dorso, y después toca en el piso y...

—Sí, ya sé doña Rosa —dijo al mismo tiempo que se dirigía al cuarto.

—Hija, ustedes sólo se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena, y la cosa no es así, a los santos hay que cuidarlos y atenderlos...

Mientras decía esto Rosa se dirigía hacia el cuarto, cerrando tras de sí la puerta.

—¡Ay, Rosa!, estoy cansá de esta gente, yo trato de alternar, pero no los paso. Además, el problema principal...

En eso se me perdió parte de la conversación, pues susurraba; luego de una pausa, en la que, a lo lejos, se oía el canto de los pájaros, pude volver a oír.

—Me dio una galleta, y delante de todo el mundo. Estábamos en el Central.

La sentí llorar. —Yo lo quiero, Rosa, pero desde que se metió en el ejército está como rabiando —continuaba gimiendo y arguyendo.

—Yo no soy mala, Rosa, usted me conoce de toda la vida.

—Sí, no eres mala a veces, otras eres una fiera, no lo digo yo, son los santos los que están hablando. ¡Síá, caray! Tienes que ponerle una clara de huevo a Santa Clara y tienes también que hacerle un trabajito bien bonito a Ochún.

—¿Cómo pongo la clara? —la oí preguntar.

—Anota ahí, que «el ser» dice: Pon una clara de huevo, en un vaso blanco que hayas lavado bien amorosamente. Pones el

vaso en el lugar más alto de tu cuarto, y pides en el nombre de Dios, que a Ángel Cruz Duarte, y a mí, Adelaida Lastra Restrepo, se nos aclare el camino, te santiguas. Siempre refresca esa asistencia, hazlo así por un mes.

—¿Y lo de Ochún? —inquirió con ansiedad Adelaida.

—Ponle unas panetelitas borrachas, preparadas por ti misma, y se las dejas ocho días. Adórnalas con confite y caramelos en un plato o fuentecita de color amarillito, y aparte mete en la cazuela el nombre de Ángel, poniéndolo con apellidos y todo, y escribe el tuyo en cruz sobre él. Luego, al octavo día, mete todo eso en un cartucho y tíralo en una manigua, junto al río. ¡Síí caray! ¡En el nombre de Dios! —dijo volviendo del trance—. ¿Apuntaste?

—Sí, cómo no, doña Rosa.

—¿Le debo algo?

—Tú sabes que yo no cobro, ¿o es que ya se te olvidó? Lo mío es espiritual, si quieres tráeme flores para los santos y tabaco para consultar.

Recogiendo su monedero e incorporándose:

—Así lo haré, doña Rosa, mañana le voy a mandar a Lalita, la niña mía, que se las traiga. Gracias por todo, Rosa, ¡que Dios te lo devuelva y aumente en salud y suerte!

—Ya sabes, hija, que estoy aquí dedicada a la Obra, como mi madre Candelaria. Dicen que le pusieron ese nombre en homenaje a la Virgen de la Candelaria patrona de las Islas Canarias. Por cierto que mamá murió debiéndole una promesa a la Virgen de la Candelaria; pero eso fue cuando ella estaba en Canarias. Cómo me gustaría ir a las Islas Canarias. Aquí ahora no es fácil que la dejen salir a una y regresar, y más ¿cómo voy a resolver el dinero para el pasaje en dólares? Yo apenas tengo familia allí que me lo envíe, tú sabes... Yo espero que los santos y la virgencita de la Candelaria lo comprendan así, y no me vayan a tomar venganza ni hacer nada malo, en el nombre de Dios —se santiguó y persignó.

Me quedé dormido con la cabeza reclinada en la mesa.

Comencé a soñar... todos estábamos muertos... Adelaida, Rosa y yo. Rosa había recibido a Adelaida y Adelaida me había recibido a mí. Adelaida tenía un manto en la cabeza y flotaba, estaba con los senos al descubierto y también las nalgas. Un ángel se me acercó y me explicó: «En la Tierra, cuando los comunistas te dispararon, te quebraron los huesos del cráneo. Yo te vi morir, caíste en la cañada, desde lo alto del puente. Te destrozaron la cabeza. Yo bajé y te recogí».

Me despertó Rosa...

—¡Vete a bañar ahora al río que pasa por detrás de la casa, que luego se hace de noche y los soldados te pueden encontrar sospechoso!

Me encaminé hacia el río, con una toalla bordada con las iniciales R.R. Cruzadas sobre una L...

—¡Cuidame la toalla, que es un regalo de mis hijos! Me la regalaron cuando cumplimos las bodas de plata mi esposo Leandro, en paz descanse, y una servidora. Y no te recrees mucho, que mira que la Magdalena no está para tafetanes tú sabes bien lo que quiero decir, mi hijo...

En tanto me bañaba en el río, del otro lado se estaba organizando en una casita pintada de naranja y verde un guateque campesino; ya podían oírse algunas guitarras. Las voces de algunos de los trovadores daban un tono de nostalgia y tristeza a la tarde: «Alma triste yo te canto». Veía por entre las arboledas cómo iban llegando los muchachos, algunos hombres iban vestidos de militares, y otros con las clásicas guayaberas criollas; las mujeres llevaban en el pelo alguna flor, dalia, gardenia, rosa... Noté en una joven una bella orquídea en el escote de su blusa.

—Ahí te puse una camisa blanca, que espero te sirva, y le pedí tres pesos a Yemayá, prestados, que es el único dinero que tengo hoy en la casa. Se los volveré a poner en el altar y ella yo sé que me comprende. Antes de irte, recémosle juntos a Yemayá, ante su altar.

Me arrodillé junto a Doña Rosa, y ella comenzó a invocar

a Yemayá entonando una linda y espiritual canción. A sugerencia de Doña Rosa le canté lo único que sabía: «Virgen de Regla, compadécete de mí, de mí, son mis cantares lamentos del alma...»

—Vas a tener que caminar. Luis no ha pasado, como ves.

—¿Cuántos kilómetros habrá de aquí al Central, Doña Rosa?

—Unos cinco, mi hijo, pero, a lo mejor, te pones de suerte, y pasa la chispa, porque la guarandinga no pasa por aquí.

—No te despido en la puerta, será mejor no vean tanta murumaca en la casa.

Me sentía con deseos de llorar. Dejar a Doña Rosa no me era fácil, después de una tarde entera compartiendo con ella su casa, el calor de su bondad.

—Te veo como si fueras un hijo. Que Yemayá, Obbatalá, Babalú-Ayé, Changó, Oggún guerrero y Orichaoko te protejan. ¡Ay, santísima, ayúdalo a pasar las amargas barreras que se encuentra viviendo! ¡Y Elegguá que te abra los caminos —le entonó una breve canción a Elegguá—: «Elegguá santo bonito, Elegguá niño chiquito».

Casi lloró, cerrando tras de mí la puerta. Miré por última vez el jardín, la casita, la cerca de picualas y cundiamores. El sol iba disminuyendo, y unos reflejos anaranjados comenzaban a aparecer por entre los mangles y los guanabos.

Los mangos verdecitos, color naranja, lucían más intensos en su colorido debido a la luz del atardecer; los sinsontes cantaban en medio de los árboles, y el guateque en la casa que se divisaba detrás, al otro lado del río, estaba en su apogeo.

Partí camino abajo, en dirección al Central Francisco, en lo que tarareaba las estrofas de una canción de Benny Moré.

* * *

Me acerqué a una casa, y vi en el portal a una muchacha

muy arreglada, perfumada, que tenía una gardenia en el pelo. Me atreví a hablarle:

—¿Sería tan amable de darme un vaso de agua fría?

—¡Cómo no, con mucho gusto!

Entró a buscar el vaso de agua. En el interior de la casa se veían a dos muchachas más, sentadas en la sala; supuse serían sus hermanas o primas. Suposición que me fue confirmada un rato después.

—Y tú ¿cómo es que te llamas?

—Camelia. Camelia Agüero —dijo sonriendo y mostrando su perfecta y parejita dentadura.

Su boca estaba pintada en rosa oscuro. Era trigueña, de melena al hombro.

—¿Y usted?

—Jorge, Jorge Ronet —agregué con nerviosismo e inseguridad, debido a la situación en que me encontraba.

—¡Qué bonito nombre! Y seguro que eres de La Habana, ¿verdad?, digo, perdone que le haya tratado de tú —se disculpó mientras se sonrojaba. Y sin darme tiempo a decir nada, agregó—: Es que usted se parece tanto a un amigo...

—¿Y el vive por aquí? —le pregunté más que nada para sacarla de su embarazo.

—Bueno, sabe... mire... él se fue para los Estados Unidos hace ya un año...

—¡Ah!... —dije— Bueno... yo me tengo que ir. ¡Muchísimas gracias por el vaso de agua!

—¡Ay, pero no se vaya todavía que, mire, mi prima está colando café. No me vaya a decir que no le gusta el café, a todos los cubanos, por lo general, nos encanta...

Sus bellos ojos maquillados me miraron con una mezcla de ternura, ligada a nostalgia. En alguna parte de mi ser debía de haber un heterosexual dormido que yo ignoraba. Después de tanta bestialidad en los campamentos, aquella muchacha ejercía una extraña atracción sobre mí.

—Siéntese en la escalerita, al portal no lo invito porque

papá y mamá fueron a la ciudad, y luego la gente critica... La vida en estos pueblos ya sabe cómo es... la lengua de las gentes.. Tú eres habanero, ¿verdad? —me volvía a dar el tú.

—¿En qué me lo conociste?

—En el modo de hablar.

—¿Has estado alguna vez en La Habana? Yo soy de Marianao. ¿Conoces Marianao?

—Precisamente tengo una tía que vive por el antiguo campamento de Columbia, ahora se llama Ciudad Libertad. Estuve allí hace como dos años, a mí me encanta. Por las tardecitas, me sentaba en el portal, bien arreglada, a ver pasar la gente. Había un árbol de flamboyán en el patio de casa de tía, precioso...

Pues allí está mi casa, allí vive toda mi familia...

Conversamos hasta que anocheció. Le conté parte de lo que me sucedía, pero no era necesario, me reveló, pues se lo imaginaba desde el principio. Por la radio habían dado la noticia de que habían escapado tres prisioneros de la finca La Modesta.

—Mire, ya que es de noche casi, mis primas tienen lista la cena, boniato con tasajo, yo no sé si a usted le gustará...

—Me encanta, y no me trates de usted...

—¡Ay, sí! Es que me sentí tímida, de repente, yo soy tímida, sabes —y dirigiéndose al interior de la vivienda—: Le voy a traer, es decir, te voy a traer un plato.

—Y tú... ¿no vas a comer?

La brisa nocturna refrescaba, su figura era graciosa en el contraluz de la puerta de entrada a la sala.

—Voy a comer contigo en el portal —se alejó hacia el interior de la casa.

Pasaron como diez minutos, en la radio se escuchaba una canción de amor, interpretada por Esther Borja: «En el sendero de mi vida triste hallé una flor». En eso, ella ya venía; pude apreciar su linda figura, y su contoneo al andar. Tenía bonitas piernas. Me alcanzó mi plato, y se sentó a mi lado a comer.

Comimos casi en silencio. Nos miramos con intensidad, y ella dejó asomar una lágrima.

—¡Yo me doy cuenta de lo que te pasa! —dijo ella. ¡Que Dios te acompañe!

Me besó en los labios.

—Seguro los vecinos se lo van a decir a los viejos, me he dejado llevar por la emoción —recalcó.

—Yo lo siento, Camelia, que te vaya a haber perjudicado, de veras que lo siento, me voy, me voy, y gracias por todo.

Me sentía también algo culpable de haberle hecho abrigar ilusiones sobre mí. Evidentemente había por mi parte muy poco erotismo en aquella relación.

—No, espérate, fumémonos un cigarrillo con otra taza de café.

—¿Y tus primas qué van a decir?

—Ellas son muy chéveres, están de lo más emocionadas mirándonos por la ventana, y ni han comido todavía. ¡Somos uña y carne, muy unidas! Nos hemos criado juntas y nos contamos todo.

—¡Yuya, Juanita vengan con ese café por favor! —gritó desde el portal algo apurada.

—Aquí estamos, ¡buenas noches, joven!

—¡Buenas noches y gracias por el café!

—Estas son mis primas Obdulia y Juana.

—¡Encantado! —les sonreí, dándoles la mano y poniéndome de pie. Les sonreí con una amplia sonrisa de simpatía.

—El gusto es nuestro —respondieron a coro mientras nos alcanzaban las tacitas con sendos pláticos.

—¡Qué fresquita está la noche y qué brisita tan suave —dijo Yuya, que era alta, trigueña y muy delgada.

—¡Qué olor a galán de noche!, ¿verdad? —dijo Juanita—. ¿Es que acaso ustedes no lo sienten?

—Primas, no se enojen, él se va y quiero hablar algo, por favor, déjennos unos minuticos.

—¡Ay, niña, cómo no! ¡No faltaba más, caray!

—¡Ven Yuya! —Juanita la tomó de la mano.

Juanita tenía unos 15 años, y Yuya lucía algo mayor que ésta.

—Dame un recuerdo tuyo, Camelia; la gardenia, la guardaré dentro de un libro, se secan y siempre duran...

—¿Y tú qué me vas a dejar de recuerdo?

—No tengo nada, a ver, toma esta cadenita —me la quité del cuello, dándosela. Dame tu dirección, que yo te escribo.

—Aquí la tenía apuntada, toma —la sacó de un costurero.

El olor a galán de noche volvió a inundar la escena, y los ojos grandes, bellos y entristecidos de Camelia se unieron al canto del crepúsculo formando una sinfonía con las flores del jardín, el chirriar de las chicharras y todos los sonidos de la noche que se avecinaba. Por un momento creí que volvían a vacilar mis sentimientos.

Nos apretamos las manos.

—Me debo ir Camelia —nos abrazamos por unos segundos, me besó.

Estábamos protegidos por la enredadera de bouganville. Noté el perfume de su joven piel de diecinueve años. Olía a noche camagüeyana, a guayaba, a trópico en flor. Permanecimos así por un largo rato embriagados por los efluvios del galán de noche y de los jazmines. Por unos minutos olvidé el campo de concentración, mi fuga, los soldados que me perseguían.

La aparté con dulzura y con sentimiento mientras doblaba cuidadosamente el papelito con la dirección, poniéndola en mi bolsa, junto a la cuchilla de afeitar, el espejito, un jarro y una cuchara, que eran las únicas pertenencias con las que me había escapado.

Vinieron las primas, me despedí diciendo adiós con la mano varias veces.

Al llegar al doblar del camino, me volví. Camelia estaba en la verja. En mi memoria aún está como detenida allí, con

su cara de tristeza y la bella expresión de sus ojos.

El miedo volvía a sobresaltarme mientras me encaminaba hacia el Central.

Ya en el Central esquivé a algunos soldados que salían del cine. Vi pasar al teniente Jacinto, que era el jefe del batallón, y me apresuré hacia una guarapera.

—¿De a cuánto? —dijo la dependienta.

—¡Deme un vaso de los grandes!

Afortunadamente Jacinto no me vio. Me bebí el guarapo y, para dar tiempo a que el teniente se alejara, pedí además un vaso de agua con hielo.

—Enseguidita. Aquí lo tiene.

—Cobre —le dejé los 20 centavos—. Gracias por todo.

Seguí caminando hacia los muelles. Al lado de la línea del tren, los muchachos jugueteaban y, más allá, tenían hecha una fogata. Un profundo olor a yerba quemada lo inundaba todo.

—¡Rafaelito! ¡Juanito!... —se oía una voz llamando a sus hijos.

Unos perros ladraban alrededor de la fogata. Sentí el calor del fuego en mi cara. En el cielo estrellado comenzaron a vislumbrarse algunas nubes. Lejos, en dirección a Manzanillo, relampagueaba. Hasta allá quería llegar yo para luego intentar escaparme por la base norteamericana o emprender el regreso a La Habana. «¡Qué jodienda que me coja un aguacero!» Me apoyé en la línea del tren para abrocharme un cordón de la bota, los muchachos ahora jugueteaban con la candela, haciendo llamaradas gigantescas, echando al fuego unos cajones vacíos, y un negrito descalzo revolvió la candela con un cuje.

Me apresuré hacia el ómnibus que me conduciría hacia el barco que va del Puerto del Guayabal a Manzanillo.

Ya en el ómnibus busqué los cigarros en la jaba y me tropecé con un paquetico que yo no había colocado allí. Lo abrí apresuradamente con curiosidad: tenía unos panes con guaya-

ba y una cartica. Decía: «Perdona lo poco y humilde de la cena, pero pensé te pudiera servir para el camino y quise darte la sorpresa. Con cariño, y sobre todo buena voluntad, Camelia».

Se me aguaron los ojos. Me venía a la conciencia, después de seis meses de maltratos y trabajos forzados, que en Cuba quedaran corazones nobles. En medio de aquel marasmo casi ya lo tenía olvidado. Pensé en mi familia en La Habana; mis hermanos a esa hora estarían cenando y sé que Mima hablaba de mí, y, si no hablaba, estoy seguro de que pensaba en mí. Con todos estos pensamientos llegué a Guayabal.

Con ansiedad me encaminé hacia el embarcadero a comprar el boleto. Entonces rompí la cartica de Camelia por si va y me cogían preso, no fuera a comprometerla. La eché en un charco de agua.

Vi los pedacitos mojarse. Sentí una sensación de angustia y ansiedad. ¡Y pensar, Dios mío, que le pase a uno todo esto en su tierra natal! Un pajarraco chilló y le dije: «¡Solavaya!» Creo que era una lechuza de mal agüero. El paso de esta ave me recordó a los soldados y me volví a poner nervioso.

Una vez en el barco me rodaron dos gruesos lagrimones por las mejillas.

Una viejilla vendía café en termo y mientras le pedía uno, me dijo:

—Tú estás enamorado, ¿eh?

Me encogí de hombros. Ella me contempló y agregó:

—¡Ay, la juventud! Yo también fui joven un día, cuando aquello corrían tiempos mejores —suspiró—. ¡Cualquier día este hijodeputa va p'a abajo, también! —se me sinceró, susurrando—. Yo soy oriental, e igual que lo subimos, en cualquier momento lo bajamos.

—Vieja, cálese por favor, mire que viene militares de pasajeros —dije casi entre dientes.

—Bien se ve que eres habanero, yo soy de Bayamo. ¿Es

que no te enseñaron en la escuela que los bayameses quemamos Bayamo antes que rendirla a las tropas españolas? —y agregó—: Cualquier día, bien lo sabe Dios, los orientales le vamos a enseñar a este sinvergüenza quiénes somos...

Comenzó a tronar y relampaguear. La viejilla, santiguándose, dijo:

—¡Que Dios me oiga, santísimo!

Una miliciana, que debía de conocerla, la miraba con cara de odio. Durante todo el trayecto, unos niños chupaban pirulíes, la viejilla los regañó no fueran a embarrarle el vestido azul y blanco, muy bien planchado.

—El barco se mueve muchísimo —le dije a la vieja—. A ver si se va de ruta y llegamos a la base naval norteamericana, en Guantánamo —ya casi estábamos llegando a Manzanillo—. ¿A usted le gusta la canción del Benny «A la bahía de Manzanillo»? —y le tararé un poquito.

—¡Cómo no, muchacho! —respondió—. Me has dado por la vena del gusto, yo soy trovadora de toda mi vida —y, poniéndose de pie, comenzó a bailar y cantar:

*«Para las novias de los marinos
de Manzanillo quiero cantar,
porque en silencio siempre se mueren
si ven un barco lejos zarpar».*

No reímos.

—¡Mi hijo, tómesese otro café! —dijo en lo que se sentaba, y agregó—: ¡Este va a mi nombre, como que me llamo Aurora Rosales. Estos hijos de perra me quemaron mi casa cuando la guerra con Batista. Sí, esas cosas los habaneros apenas si las conocen. Había que estar aquí en Oriente, a nosotros sí nos engañaron, pues las uñas ya las habían sacado desde hace muchísimo tiempo —dijo.

Miré asustado para todas partes...

—Además, mira, yo soy medio santera —prosiguió—. Toma este detente, mi hijo, yo sé bien lo tuyo, y por lo que estás pasando, que los santos te protejan, ya yo soy vieja, a mí qué más me van a hacer. Soy hija de Obbatalá, y tú también eres hijo de Obbatalá, el Viejo, pero Yemayá se disputa tu cabeza. Ponte collares en cuanto puedas, yo mismitica te los pongo y preparo si me vienes a ver.

—Vieja, muchas gracias, pero debo llegar a La Habana, déjeme su dirección y en otra ocasión ya vendré.

—Ay, muchacho, pregunta por Aurora, en el Caserío Las Lomas, todos me conocen. ¡Abur y buena suerte!

Llegamos al puerto de Manzanillo. Como llovía torrencialmente, las calles estaban desiertas, traté de apresurar el paso, pero todo fue inútil, me dieron el alto.

—Su identificación.

Sentí frío, angustia y ganas de llorar. Me habían capturado, después de tanto sacrificio todo había sido en vano. Eché a correr hacia la Estación de Trenes. Hubo como una breve escaramuza de combate, me patearon y me golpearon en la cabeza. Estaba en el suelo sangrando. Los soldados me volvían a golpear con la culata del rifle y me seguían dando patadas. Tirado en el suelo, comencé a delirar.

En mi delirio la noble Rosa, la vieja Aurora y la cara de Camelia se entremezclaban, confundiéndose. Veía a Aurora cantando el antiguo himno patriótico «La Bayamesa». Los soldados le gritaban que se alejara de allí, ella no hizo caso e, inclinándose sobre mí, seguía cantando:

*Disipemos, mi bien, las tristezas
y doblemos los dos la cabeza
moribundos de dicha y amor.*

Veía botas de soldados y la gente que comenzaba a arremolinarse a mi alrededor, mientras los militares decían:

—¡Aléjense, éste es un gusano, un contrarrevolucionario. Lo último que oí fue a Aurora, que se transformaba en Camelia. Cantaba: «Por alivio a mi amargo dolor». Perdí la conciencia.

GLOSARIO *

- aura tiñosa:** nombre que se le da en Cuba a un ave de rapiña.
- bolas:** rumores.
- bonche:** broma.
- caíroa:** para significar: lista, con mucha experiencia.
- collares:** collares de Santería afrocubana, emblemáticos de los principales santos.
- comecandelas:** se dice de los que tienen una actitud políticamente extremista.
- creolina:** líquido desinfectante de uso común.
- chévere:** fenomenal, muy bueno.
- chicharrones:** personas sumisas a los superiores, que pueden oficiar de delatores.
- feeling:** en la primera mitad de los años sesenta se popularizó en La Habana un tipo de canción intimista, cargada de subjetividad. La melodía estaba emparentada con el **blues** norteamericano, más decantado.
- guagua:** autobús.
- guámpara:** clase de machete.
- guano:** parte de la hoja de la palma real.
- guarapera:** quiosko donde se vende guarapo, el zumo de la caña de azúcar.
- guardarraya:** se le llama así en el campo a los caminos rústicos.
- guataquear:** de guataca, clase de azada.
- gusano:** denominación despectiva que se les da en Cuba a los que son contrarios a la Revolución.

* El lenguaje de este documento de Jorge Ronet contiene una serie de giros, frases y palabras típicamente cubanos, sobre todo del área habanera, aunque también se recoge con toda fidelidad el habla campesina. Para que el lector pueda captar los matices de este lenguaje hemos añadido un glosario con las aclaraciones que hemos creído útiles (*N. del E.*).

jaba: bolsa.

jabaíto: mulato de pelo rubio.

jeba: mujer.

loca pelleja: homosexual viejo.

loca tapiñada: el homosexual que disimula su condición llevando generalmente una doble vida.

matul: bulto, lío de ropas, etc.

murumaca: trasiego, movimiento.

nadie se la va a llevar: por: nadie se va a dar cuenta.

Ochún Kolé: diosa del panteón yoruba.

palmiche: fruto de la palma real.

perseguidora: automóvil de la policía.

pingúo: se refiere al tamaño del pene.

piñazo: puñetazo.

reporte: comunicación de una falta cometida para la posterior tramitación de castigo o sanción. Anglicismo.

Siá, caray: expresión muy conocida en los ambientes espiritistas cubanos: muletilla verbal utilizada por los espíritus que habían tenido una reencarnación afro cubana.

singaos: sinónimo de «jodidos», pero con una connotación más obscena.

sirimba: desmayo.

Solavaya: exclamación que se dice en Cuba ante cualquier signo de mal agüero.

vacilón: estado de placidez o embriaguez mental.

yarey: fibra de la palma real.